

Juan G. Atienza

**LA GRAN
MANIPULACION
COSMICA**

Las fronteras de lo irracional

martínez roca

Juan G. Atienza

La gran manipulación
cós mica

FF

Fontana Fantástica

Ediciones Martínez Roca, S. A.

© Juan G. Atienza
© 1981, Ediciones Martínez Roca, S. A.
Gran Via, 774, 7.º, Barcelona-13
ISBN 84-270-0687-X
Depósito legal: B. 35575-1981
Impreso por Gráficas Diamante, Zamora, 83, Barcelona-18

Impreso en España - Printed in Spain

Índice

Prólogo	13
1. Las vastas e inciertas fronteras de la manipulación. <i>Los espejos cósmicos. — El estadio primero de la manipulación. — El mesianismo como ansia de dependencia. — Las apariciones como manipulación de la manipulación. — Crisis de conciencia.</i>	21
REFLEXIONES EN TORNO NUESTRO	
2. Desde España, con amor	35
<i>Una grieta para atisbar al otro lado. — El tornillito imprescindible. — Las leyes nunca escritas. — El tiempo de una proyección cinematográfica. — Antropología del fracaso. — Juicio final: los buenos y los malos. — Los guardianes del tráfico para el Gran Día. — Apuntes previstos para unas normas de conducta. — La creación de una realidad a la medida. — Un mundo de preguntas sin respuesta. — La ley de la gravitación espiritual.</i>	
3. Desde el mundo que nos rodea y desde alguna de sus mentiras	50
	7

Palabras: el despertar de los pueblos. — Teoría sociopolítica del átomo. — La sombra siniestra de los teutónicos. — Metamorfosis larvada. — La tercera vía: la manipulación de la individualidad. — Al asalto de los niveles de conciencia. — Un negocio que no sólo da oro. — De nuevo los tentáculos de la manipulación. — Un lento proceso de dependencia. — El camino seguro hacia la regresión. — Los más remotos resistentes. — Los malditos herreros.

4. **La mente de Gregg el Bueno** 65
Los mesías de la tecnología. — Progreso y trabajo para todos. — La panacea de los microprocesadores. — Diz que el futuro ha comenzado. — Con los dedos pillados. — OPEP versus procesador. — Escuela de párvulos. — El lado de los buenos. — El ejemplo del sol naciente. — Salvadores y maestros. — Máquinas y karate. — Las coordenadas de la manipulación. — Se empieza desde arriba. — La base de la supervivencia.

REFLEXIONES HACIA EL COSMOS

5. **Primera meditación sobre una realidad que escamotea su definición** 87
6. **De maestros, mesías y profetas** 98
Por ejemplo: un cubo con seis paredes. — La apertura de una puerta. — La respuesta que llega del otro lado. — El mundo de los santos. — El planeta de los profetas. — La galaxia de los mesías. — El cosmos de los maestros. — Modelos para el maestro. — ¿Pero por qué Oriente? — ¿Y los demás, qué? — Razones (inmediatas) de un deterioro. — Con una linterna en busca de...
7. **La muerte arcana y ficticia del dios** 115
La fabricación de un mito. — Nada más que un botón de muestra. — A la vuelta misma de la esquina. — Las religiones del tiempo y el dolor. — Cosas de los cuen-

tos. — Quiero sufrir, quiero morir. — Los hijos del mago Colibrí. — Un ciclo cerrado. — La demanda de los dioses. — Regocijo para la muerte. — De la Luna maestra al Sol dictador.

8. La manipulación agárfhica 137
Una historia al biés de la historia. — Hijos y nietos del buen patriarca Noé. — El trasiego de un pueblo misterioso. — A trancas con los mitos. — Precisas imprecisiones. — Fijando puntos inconcretos. — Líneas que convergen en un punto — Los perros de presa — Los budas exterminadores. — Motivos profundos de irracionalidad. — Los reflejos eternos de la historia. — Un baño solar de sangre caliente.
9. Como una luz sobre un árbol 159
Estructura de una historia. — La gran fiesta de los sentidos. — El juego insólito del sexto sentido. — Bombardeo sensorial. — Los límites de la elección. — El problema de las taras. — Agujeros en la sensibilidad. — Dos grados de la manipulación. — Un espacio concreto, inmutable, preciso. — Aquí y en ningún otro lugar. — Apunte para una razón de la sinrazón. — Venid aquí todos a sufrir. — Desde que el hombre es ser racional. — Traed con vosotros todo vuestro dolor y entregádmelo.
10. De cómo el pez grande vino a comerse al pez chico 176
La escala dimensional de la evolución. — Tú mi da'una cosa a mé, io ti dó una cosa a té. — El hombre en tanto que ser que se alimenta. — Cualidades y dimensiones. — La razón, ¿punto final? — Objetos (y conceptos) no identificados. — Cada cosa en su sitio. — El juego de la razón produce monstruos. — Ni bueno ni malo, sino todo lo contrario. — La cosa que viene de ninguna parte. — Creer, no creo, pero haberlos, háylos. — Pastores y ovejas. — Conciencia evolutiva y avance cultural. — Estructura manipuladora del fenómeno de las apariciones. — Casos, modos y maneras del contacto personal. — Los sembradores de inquietud. — La grieta.

LOS ARDUOS CAMINOS HACIA LA LIBERTAD

11. La gran trampa del tiempo 209
Una tierra sin clepsídras. — Toques de eternidad. — El eterno, el cambiante presente. — El sonido de una mano al aplaudir. — La clave inmediata de la iluminación. — La beatitud del retorno. — La visión búdica de la realidad. — El secreto místico del chiste. — El impacto de la realidad. — Cuando un papa escribe una tesis.
12. El hombre al encuentro de sí mismo 226
Individuo y humanidad. — Las dos caras de la moneda. — Los mil senderos de la mística. — Las vías del poder y del saber. — El juego de las tres pruebas. — El dominio del cuerpo. — Relatos iniciáticos. — «Lasciate ogni speranza». — Las señoritas de Avitón. — Las vías de la acción mental. — Las rupturas temporales. — Mancías y otros saltos en el vacío dimensional. — La lengua del otro mundo. — La letra que entra con sangre.
13. De viajes a la otra Realidad 248
La ¿otra? realidad. — El acceso y el «tirón». — Un caso insólito de misticismo sin adscripciones. — Encerrado en un mundo cerrado. — Grandeza y miseria de la palabra. — El engaño temporal. — ¡Abajo el intelecto! — El terror al vacío. — Un mundo no listo para sentencia. — Eso que llaman viaje astral. — La saga del artista visionario. — De chakras y corrientes endocrinas. — El cálculo improbable de probabilidades. — Los límites del milagro.
14. Entre la manipulación y la libertad 266
Si fue antes el huevo o la gallina... — Las huellas de un deterioro. — La triste historia de Huatacame. — Un relato (medio escondido) de poder. — Sutiles cables de dependencia. — El juego de las tensiones. — El valor (relativo) del trascender. — Interpretar y comprender.

*A ti, hermano, que te crees
y hasta te proclamas libre.*

Prólogo

Es alarmante que la existencia del género humano, desde los albores de la historia, se haya movido sin excepción por unos derroteros en los que cada palabra —y, sobre todo, las palabras esenciales de la vida— no adquiría su significado propio, único e irrevocable, sino las acepciones que en cada ciclo cultural convenían a los grupos de presión en turno de poder. Es alarmante, sobre todo, comprobarlo ahora y aquí, cuando la mente del hombre está, en general, tan deformada por milenios de dependencia, que ya resulta casi imposible pensar que lleguemos algún día a darnos cuenta de nuestra auténtica situación y empecemos a llamar a las cosas por su nombre de una vez por todas; a entender su verdadero significado, sus motivos y hasta el lugar exacto que ocupan ellas en nuestra existencia y nosotros en la suya.

El hombre es el gran engañado del cosmos. Prefiero decirlo así, con vergüenza, pero sin medias tintas. Y —diré más— es o somos engañados conscientemente, como si estuviéramos ansiosos de engaño, de dependencia, como si estuviéramos ancestralmente necesitados de que otros —quienes fueran— nos saquen de nuestra radical inseguridad, aunque sea a costa de dominios, de imposiciones y de obediencias que hayan de marcarnos para siempre como esclavos de cuanto —persona o enti-

dad presuntamente celeste— aceptamos como *cosa superior*, como señora y dueña de nuestras vidas, de nuestro pensamiento y de nuestro mismo destino en tanto que especie zoológica, que es lo que somos.

Curiosamente, el ser humano es el único animal que obedece a aquello que desconoce radicalmente, el único ser que teme enfrentarse con lo desconocido. El único que ha convertido en práctica vital y en pan nuestro de cada día ese horrible refrán de la mal llamada sabiduría popular que cuenta que «más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer». Si nos molestamos en observar el comportamiento de las bestias salvajes, comprobaremos que sólo huyen de *aquello que saben que les es hostil*. Y que, en cambio, se atreven a husmear —tan cuidadosamente como queramos— en lo que desconocen.

Parece como si, a todos los niveles vitales, el ser humano hubiera perdido definitivamente el sentido de su propia libertad y se hubiera plegado a todas las fuerzas que le arrastran irremisiblemente hacia la dependencia. Desde el *slogan* —horrible y criminal— del «¡sé libre, vístete con...!», hasta el voto periódico y presuntamente voluntario en las urnas democráticas, cuidadosa y matemáticamente medido, la vida del hombre discurre sin remedio por las coordenadas de la manipulación, en una tensión constante entre los que necesitan ser condicionados y los que creen a pies juntillas que detentan la autoridad magistral para condicionar irremisiblemente a quienes mantienen debajo de su bota, de su ley o de su credo.

Si repasamos la historia, los dogmas religiosos de todo tipo, la política, la guerra, las creencias, los juegos, las costumbres y hasta el eventual futuro del género humano (si repasamos todo esto con los ojos abiertos, quiero decir), comprobaremos, al menos a niveles personales, que el devenir de la especie, desde sus albores, ha sido una constante sucesión de tensiones entre entidades minoritarias detentadoras de poder y una masa informe de gente incapaz de ejercer, ni por fuera ni desde dentro, su legítimo e inalienable derecho a la libertad. El ser humano ha sido —y lo es cada vez más— un ente condicionado, dependiente, propicio a la manipulación. Obedece por miedo y hasta con alegría a todo aquello que cree que le evita «la funesta manía de pensar» y le impone *sus* verdades por decreto. En esta tesitura, el hombre libre —y quiero decir *realmente* libre— se convierte en un proscrito, en un perseguido obligado al silencio, cuando no a

la mazmorra, a la hoguera o al disparo en la nuca a la vuelta de la primera esquina.

Y todo ello, ¿por qué? No hay respuesta autorizada. Y, si la hay, queda ahogada por los gritos de los que saben chillar mejor, o más fuerte, para proclamar vital y espiritualmente, y políticamente incluso, su ¡vivan las cadenas!, el mismo grito que lanzaba el pueblo al paso de Fernando VII cuando regrasaba a sus dominios hispánicos con las intenciones puestas en la restauración de los poderes del sable y de la casulla, a mayor gloria de Dios.

No se trata ahora, sin embargo, de buscar los posibles orígenes sociopolíticos de la manipulación. Al menos, yo estoy convencido de que, en esas coordenadas, la manipulación que podemos detectar no es más que el reflejo de otra, mucho más profunda y desconocida, que afecta a nuestra realidad inmediata, a nuestra esencia como seres vivientes, a nuestra concepción cósmica, a nuestras esperanzas de superación y de trascendencia. Más aún, creo que puede establecerse un paralelismo claro y tajante entre esa Gran Manipulación Cósmica que incide en la naturaleza misma del hombre y esa otra, menor, que se ejerce sin que tengamos conciencia clara de las entidades más o menos anónimas de nuestro entorno inmediato que la llevan a cabo. Y pienso que sólo entendiendo y asimilando los motivos de ésta lograremos vislumbrar las razones de aquélla.

Por eso he tenido que plantearme un libro de apariencia tal vez extraña, en el que los motivos parecen confundirse eventualmente y del que, de inmediato, yo mismo sería incapaz de dar una definición sobre si es escrito político, histórico o —Dios no lo quiera— religioso. Y no sé siquiera si podría aconsejar a ninguno de sus lectores que lo incluyera entre sus libros fantásticos y fortianos, pero, si lo hiciera, tampoco podría hacerle ningún reproche, porque todavía nadie —que yo sepa, al menos— ha sido capaz de establecer los límites estrictos entre lo *aparente racional* y lo *real irracional*.

Me explicaré, siquiera sea como advertencia, antes de seguir buscando razones a la sinrazón fundamental. El ser humano, tal como lo han advertido buen número de escuelas filosóficas de todos los tiempos y de todas las latitudes, vive en un mundo de apariencias. Las propias ciencias lo atestiguan, aunque tan a menudo se revuelvan contra tal aserto. Nosotros, los seres humanos, nos movemos entre estas apa-

riencias que nos transmiten los sentidos, sin detenernos a pensar (ni a vivir) que efectivamente lo son. Comprendemos —o creemos comprender— las sensaciones, las tomamos *vitalmente* como reales, como auténticas e inamovibles. Y todo aquello que no encaja en sus coordenadas —es decir, todo cuanto está respondiendo a atisbos de otra Realidad no captada— lo rechazamos por ilógico, por irreal, por irracional y por imposible; o, lo que es peor aún, lo admitimos sin rechistar, como manifestación de una presunta divinidad inalcanzable, todopoderosa y omnisciente, a la que sólo por la fe y por las creencias —impuestas— podemos aprehender.

Esa Realidad nos está manipulando desde unas coordenadas —¿dimensionales tal vez?— que normalmente somos incapaces no sólo de alcanzar, sino hasta de entender. Pero su juego es, a determinados niveles, exactamente igual al que ejercen sobre nosotros las entidades manipuladoras de nuestro propio mundo, hasta el punto de que pocas veces llegamos a identificar la naturaleza de esa radical dependencia y nos es totalmente imposible distinguir sus límites, precisamente porque, tan a menudo, la pequeña manipulación que nuestro entorno ejerce sobre nosotros *trata de apoyarse* —con un conocimiento intuitivo más o menos real del problema— en las manifestaciones que, con la apariencia de prodigios inexplicables, surgen ante nosotros rompiendo, incluso violentamente, los esquemas de nuestra lógica de andar por casa. Así se proclaman los mitos milagrosos y los prodigios satánicos, las «demostraciones» indiscutidas e indiscutibles de la todopoderosa divinidad de turno que domina sobre los pobres humanos para que la obedezcan y —sobre todo— para que obedezcan a sus presuntos representantes terrenos autorizados.

Como reacción frente a esta teología prefabricada sobre la Otra Realidad, surge la ciencia académica. Al menos, ese otro *dogma pragmático* y pretendidamente experimental que llamamos ciencia. Sus sacerdotes —que también los tiene— proclaman que todo debe poderse explicar por la razón. Es más: que aquello que no puede explicarse racionalmente no existe. Y aún más: que como no existe, nadie tiene el derecho a mentarlo ni a pensarlo; que las cosas —todas las cosas— o se explican o son alucinaciones; que, en fin, nada es cierto si no puede probarse.

El ser humano parece obligado inapelablemente a elegir entre estas dos dependencias primarias: o cree y acepta a cie-

gas la creencia, o se lanza a tumba abierta a confiar en una ciencia que juega a los bolos con la realidad aparente y niega por principio lo inexplicable o lo que no ha pasado por el ce-dazo de su pragmatismo. El hombre «tiene que» creer o «tiene que» aceptar a los que dicen saber. Si no lo hace, o *se condena* o *se le suspende*. Y nadie, que yo sepa, se resigna a ninguna de estas dos cosas, porque arrastra en su inconsciente colectivo siglos de mentalizaciones en los que se le ha impuesto, por las buenas o por las bravas, la doble necesidad física de la salvación condicionada o del triunfo igualmente condicionado. Nadie quiere ser proscrito, ni en esta vida ni en la otra. En esa amenaza constante de *proscripción*, que pende sobre la cabeza del hombre como una espada de Damocles, está la clave de la manipulación a niveles inmediatos.

Pero esos niveles —sociales, económicos, científicos, religiosos, o simplemente supersticiosos (dando a la superstición sus dimensiones puramente psíquicas)— no son, como todo, más que el puro y simple reflejo de otra manipulación que llega desde la Otra Realidad y que es la que realmente configura y mediatiza el comportamiento humano en tanto que especie, en tanto que categoría dentro del conjunto cósmico. Y aquí sí tenemos que penetrar, querámoslo o no, en el ámbito del misterio, de lo improbable —es decir, de lo que es imposible de probar—, de lo sospechado, de lo apenas intuido, de lo que se nos viene encima sin que tengamos la mínima oportunidad de controlarlo, a menos que seamos capaces de superar nuestra propia conciencia y de situarnos en el plano evolutivo inmediato, en contacto y con *conocimiento vivido* de la siguiente cara de la Realidad.

El ser humano se ha proclamado, irracionalmente, Rey de la Creación. Sin embargo, si queremos molestarnos en analizar fría-mente la naturaleza de este término, ya de por sí condicionante, veremos que la palabra abarca sólo el mundo físico y sensorial que se presenta ante nuestros medios de percepción: un mundo de tres dimensiones *dominadas*, habitado por una multitud de entidades que no las dominan. De ahí que, en cierta manera, mandemos sobre ellas gracias a nuestra *racionalidad*, porque somos capaces de provocar toda una serie de efectos, de acciones y de sensaciones, que son perfectamente incomprensibles para el resto de los seres que nos rodean.

Ahora bien, también sobre nosotros, seres humanos, se proyectan hechos que nuestra razón no es capaz de controlar,

y mucho menos de explicar. Son los hechos que, por muy reales que los sintamos, se nos plantean como *irracionales*, aquellos que de ningún modo encajan en los esquemas mentales a los que estamos habituados, aquellos para los cuales no sirve en modo alguno la plantilla de los saberes aprendidos, aceptados y asumidos.

Si nos molestamos en comparar estas formas de mediación con las que ejercen sobre nosotros las fuerzas manipuladoras de nuestro entorno, veremos que guardan un paralelismo perfectamente adecuado a sus fines. Ambas actúan desde coordenadas que, al menos en su apariencia inmediata, no tienen nada que ver con las relaciones (causa efecto, medio-fin, antecedente-consecuente) sobre las que basamos nuestro comportamiento y nuestro conocimiento. La *lógica racional* que nos han imbuido desde las alturas de la autoridad, de la enseñanza programada y del poder, no cuenta a la hora de intentar el análisis de esas fuerzas que se manifiestan. Y no cuenta precisamente porque esas mismas fuerzas, secularmente, han previsto a su modo que la raíz de su dominio se asienta en el mantenimiento del engaño de la conciencia humana, en la deformación *lógica* de unas mentes —las nuestras— que, a menos que realicemos un obligado esfuerzo *sobrehumano* de ruptura de los esquemas en los que nos han insertado, nos seguirán manteniendo en la mentira secular de una apariencia pura tomada por realidad obligada e inmutable.

Voy a tratar, en las páginas siguientes, de plantear la naturaleza y el comportamiento de los elementos manipuladores que actúan sobre nosotros, desde dentro y desde fuera de los ámbitos propios de nuestro conocimiento. Y me gustaría poder mostrar cómo esas manipulaciones se manifiestan igualmente condicionadoras de nuestro comportamiento, vengan de donde vengan; y cómo el ser humano navega durante toda su existencia en un mar de ciegas obediencias que, sin formar en modo alguno parte integrante de su naturaleza, delimitan su libertad de acción y hasta de evolución, conduciéndole por donde quieren las fuerzas humanas y metahumanas que pretenden conformar las conciencias y condicionar los actos en su propio y exclusivo beneficio.

Pero no quiero de ninguna manera que éste sea un libro en el que nadie consiga vislumbrar el conformismo como única y pasiva solución a las presiones manipuladoras que se ejercen

sobre el ser humano. Por el contrario, hay una solución, un camino —o varios— de liberación. El hombre tiene absoluta necesidad de comprender y de asumir lo desconocido y el conocimiento que se le escamotea. Sólo puede temerse lo que se ignora radicalmente. Sólo se obedece a ciegas lo que se teme. Si logramos vislumbrar la naturaleza de la otra Realidad o —excepcionalmente— acceder a ella *por voluntad propia*, dejaremos de sentirla como fuerza desconocida e incontrolable que nos domina y nos conforma la conciencia sin que podamos hacer nada por evitarlo.

No digo que los caminos que voy a apuntar sean ciertos ni únicos. Sería monstruosa por mi parte la pretensión de haber encontrado una Piedra Filosofal *única*, cuando ese hallazgo sólo puede ser resultado de búsqueda y de encuentro por parte de *cada individuo*. E insisto en el individualismo, precisamente porque tengo el convencimiento de que la unión en grupos o en sectas, sean del tipo que sean y por más que proclamen a los cuatro vientos la libertad del hombre como intención, como fin y como meta, conforman otra manera de dependencia en la que puede caer cualquiera que no haya desarrollado su voluntad liberadora, o su intención trascendente, en primer lugar a niveles personales e intransferibles. No olvidemos que la labor de los grandes maestros de cualquier rincón del planeta no consiste en *enseñar* (contra lo que el mismo significado usual de la palabra parece indicar), sino en ayudar a que cada cual encuentre libremente su propio camino. Sólo en ese sistema de coordenadas de libertad y de individualismo podrá el ser humano hallar el centro de su trascendencia. Y, al hallarlo, estará en condiciones de enfrentarse conscientemente a muchas de las incógnitas que plantea la Otra Realidad y de encararse con probabilidades de triunfo a la manipulación de que el género humano es objeto, desde el instante mismo de su aparición sobre la faz de la tierra. Porque conocer a los dioses es empezar a dominarlos, y es precisamente esa victoria fundamental del hombre la que tratan de retrasar todas las entidades manipuladoras que nos oprimen, intentando evitar nuestra lógica evolución.



1

Las vastas e inciertas fronteras de la manipulación

Reconozcámoslo: en materia de manipulaciones hay —relativamente— muy poco dicho. Será, digo yo, porque el ser humano se siente tan integrado en ellas que considera inútil insistir en definiciones y en clasificaciones de lo que forma, como un quiste, parte de su propia naturaleza. Porque lo cierto es —y que se atreva a venir cualquier pretendido optimista a demostrar lo contrario— que asusta pensar, a veces, hasta qué punto estamos creyendo que obramos a todos los niveles por cuenta propia, cuando la realidad se encarga de demostrarnos que rondan en torno nuestro un número indefinido de factores que rigen la mayor parte de nuestros actos, de nuestros pensamientos y hasta de nuestros conceptos generales y abstractos respecto al modo de enfocar la realidad del cosmos y nuestra propia existencia.

Los espejos cósmicos

Si tratásemos de definir y de catalogar esas fuerzas que están actuando sobre nosotros, nos podríamos dar cuenta de la escasa libertad que le queda al ser humano a todos los niveles de su existencia. Pero veríamos también —y esa distin-

ción me parece fundamental, a la hora de calibrar nuestros límites y nuestras posibilidades— que esa esencial carencia de libertad tiene, al menos, dos vertientes.

Una, la que se deriva directamente de nuestra condición de simple eslabón en la cadena evolutiva cósmica, que impide que saltemos antes del tiempo «reglamentario» por encima de nuestra propia naturaleza para alcanzar grados de esencia y de vivencia que no nos corresponden, al menos en el estado actual de nuestro cuerpo y de nuestra mente. Esta vertiente es, en teoría al menos, insuperable; se encuentra en las coordenadas de la estructura cósmica y en el plano general de las fuerzas que sostienen y justifican el conjunto del universo. Pero es, además de insuperable, imprevisible. Porque, en realidad, desconocemos sus límites.

Sin embargo, el hecho mismo de que se trate de una *cadena evolutiva* implica la posibilidad de que, en una circunstancia u otra, en uno u otro instante, de manera progresiva o instantánea, por medio de la voluntad o bien obedeciendo a designios superiores, el ser humano *salte* al estadio siguiente y adquiera conciencia de una nueva realidad a la que no tiene acceso en su estado habitual. Es curioso que ese salto evolutivo sea precisamente el que propician las formas más avanzadas de la religiosidad oriental, en las cuales no se habla jamás de pretendidas creencias ciegas ni de necesarias sumisiones a supuestas divinidades, sino que se indican caminos —eso sí, tantos caminos como escuelas— por los que el hombre puede alcanzar una meta vital por encima de sus condicionamientos sensoriales. Porque los sentidos son, en esencia, los que nos amarran a un conocimiento parcial y erróneo y los que manipulan nuestra percepción de una realidad que permanece así escondida y adulterada, como un paisaje que tuviera que observarse siempre —y olerse y sentirse, y hasta tocarse, si eso fuera posible— a través de una barrera de vidrio deformante, teñido además con sustancias que alterasen sus colores naturales. Significativamente, determinadas escuelas búdicas añaden a los cinco sentidos tradicionales un sexto sentido que, lejos de designar la pretendida percepción instintiva que nuestro lenguaje le atribuye, engarza en su significado al pensamiento mismo, dominado y dirigido por todas las demás sensaciones, a través de las cuales forma y deforma la visión de la realidad.

La otra vertiente de la dependencia humana viene dada

por las presiones ejercidas desde sectores determinados y concretos de la misma humanidad, pretendidamente poseedores de unas verdades a las que intentan servir de enlace, masticando su esencia y ejerciendo el papel de intermediarios que propiciarán la salvación física y moral del pobre ser humano desvalido, siempre que éste se pliegue mansamente a los preceptos y a las normas que debe acatar sin preguntarse la razón. O, lo que es peor, aceptando unas razones que llevan en sí mismas el germen de su irracionalidad y de su intención decididamente manipuladora.

Lo que resulta más comprometedor para el hombre ante una eventual rebelión contra estas presiones y ante esta servidumbre, es que tales fuerzas de presión —supuestamente religiosas o supuestamente científicas o políticas— actúan como *imágenes especulares* de esa realidad superior e inaprehensible. Y, en consecuencia, aprovechan a su modo la radical ignorancia del ser humano para someterle a reglas y leyes que únicamente conducen al mantenimiento y a la irreversibilidad de su *status* secular de dependencia.

Si ahora nos preguntásemos por los límites estrictos de nuestra capacidad evolutiva y por el porqué de nuestra radical ignorancia de tales límites, tendríamos que llegar a una conclusión que tal vez nos tranquilizase de inmediato, pero que, a la larga y si somos realmente conscientes de nuestra necesidad de cumplir la evolución, habría de situarnos en la línea de salida de un proceso radical de rebelión irreversible: *una gran parte de nuestra dependencia tiene sus orígenes y su razón en los condicionamientos que nos han sido creados y que se nos siguen creando por parte de esos núcleos puramente sociales de presión —por más implicaciones morales y hasta científicas que pretendan ostentar—, que han conseguido privar al hombre, a lo largo de toda su historia, de una libertad de expansión cognoscitiva y vivencial a la que tiene derecho inalienable y para la que sí está dispuesto por su misma estructura natural en el concierto cósmico.* De esta estricta falta de conocimiento en nuestros propios límites deriva la naturaleza de nuestras dependencias, de nuestros tabúes, de eso que hemos dado en llamar creencias, supersticiones, magias, exaltaciones místicas, credos, dogmas, anatemas y religiones.

Estamos siendo a la vez testigos y víctimas, a nivel planetario, de una inmensa campaña general que tiende a poner en entredicho cualquier grado de libertad que el ser humano quiera permitirse para elegir voluntariamente su propio destino y, en consecuencia, para evolucionar conforme a su estricta conciencia. Movimientos religiosos, policías paralelas, partidos políticos totalitarios, asociaciones terroristas y grandes empresas comerciales de ámbito multinacional se dedican activamente a vigilar al individuo, a mediatizarlo en cualquier forma, a controlar sus palabras, sus pensamientos y hasta sus movimientos, para obligarle a la obediencia, al consumo, a la sumisión y, en definitiva, al silencio.

Se ha creado a nivel mundial un clima de amenaza moral en el cual prácticamente cada entidad individual asume la sospecha de estar vigilada y en inminente peligro de aniquilación —psíquica o física, eso es lo que menos importa ahora, porque viene a ser lo mismo—, a *no ser que* busque, ruegue y solicite la protección de esas fuerzas efectivas que le rodean y de que acepte ciegamente sus condiciones. La sensación de amedrentamiento y de impotencia ante esos fantasmas de poder omnimodo que surgen a nuestro alrededor vienen a coartar incluso nuestro deseo de pensar y expresarnos libremente. Por ese camino, el ser humano va llegando a la convicción de que sólo entrando a formar parte activa (o pasiva) de una u otra de tales fuerzas de presión —fuerzas, repitámoslo, económicas, religiosas o aparentemente revolucionarias— podrá aspirar a la supervivencia.

La dependencia y su consecuente terror se desarrollan incluso a niveles subliminales. Y así, aun en el caso, a menudo corriente, en que el individuo no tenga conciencia de la extorsión de que está siendo objeto, sigue bajo los condicionamientos de esa fuerza manipuladora, obediéndola incluso sin saberlo. Consume lo que le mandan consumir, vota por quienes le indican votar —y no gana el mejor, sino el que tuvo mejor campaña—, se adhiere mental y moralmente a los condicionamientos que se le dictan, y, en último extremo, obedece de modo ciego y maquinal a los reflejos que se le suministran desde los órganos de opinión que ha tenido que aceptar por una supuesta —y sólo supuesta, recordémoslo— empatía o por un pretendido —sólo pretendido, repitámoslo— gesto de liberación personal.

¿Qué consecuencias podemos extraer de todo este cúmulo de amenazas veladas y de coacciones estrictas? El ser humano cae, cada vez más, en un estado de absoluta dependencia, del que le es imposible escapar para ejercer siquiera ese conato de libertad cósmica que forma parte de su naturaleza. Se sabe condicionado —incluso muy a menudo a niveles inconscientes— y conforma sus hábitos existenciales a unos parámetros impuestos que le hacen concebir una aparente trascendencia, totalmente falsa, estructurada sobre los mismos condicionamientos que le esclavizan. Se le crean necesidades reflejas, como a los perros de Pavlov, y él, a su vez, crea unos dioses y unas ideas trascendentes donde está siempre presente, lo quiera o no, la imagen sacralizada de ese mundo que le circunda, con toda su carga de manipulación, de tecnología condicionante, de inseguridad personal y de ideas que jamás podrían responder a una auténtica superación mental y anímica, sino a una exacerbación de las situaciones aberrantes entre las que nos ha tocado y nos sigue tocando vivir.

Sobre semejantes esquemas manipulados y manipuladores a la vez, el hombre tiende a *interpretar* todo aquello que se le presenta y que escapa a su entendimiento racional. Pero esa interpretación está, como todo lo demás que le rodea, *condicionada* e incluso *prevista*. Entonces, *eso* que eventualmente se presenta como insólito y como inexplicable se transforma en un auténtico hito idealizado, para bien o para mal, de todas las estructuras de dominio que vienen actuando sobre nuestra mente, sobre nuestra vida y sobre nuestro encubierto deseo de evolución. Nuestra propia sacralización de la tecnología nos hace concebir supuestos paraísos tecnológicos extraterrestres donde ni siquiera faltarían las marcas y los logotipos de las grandes empresas multinacionales. Y nuestro sentimiento de dependencia irracional nos obliga a superdepender de dioses paternalistas que, en el contexto general del pensamiento humano, seguirán, «afortunadamente», cuidando de nosotros, como padres o como señores feudales de horca y cuchillo, o —ya puestos en la tesitura tecnológica— como amos suprahumanos de láser sabio y cohete hipernuclear galáctico.

El mesianismo como ansia de dependencia

Un sector de la humanidad —por desgracia, no suele ser ni

el más capacitado ni el más inteligente— siente visceralmente la artificiosidad inmediata de la manipulación sociorreligiosa de la que son objeto la mayoría de los individuos. Pero el hecho de sentirla no supone necesariamente que traten de liberarse de ella. La razón lógica está en que llevamos demasiados milenios de condicionamientos, que nos acompañan desde el útero materno hasta el féretro o el horno crematorio, pasando por la escuela, las conveniencias sociales, los reclamos económicos y las condiciones de trabajo. Por desgracia, sentimos tal necesidad de dependencia que, incluso cuando tratamos de huir, no escapamos —ni parece que queramos escapar tampoco— de esos condicionamientos, sino que, como si todos ellos formasen parte de nuestra naturaleza —y uno se pregunta si, efectivamente, la formarán—, salimos de unos para caer sin remisión en otros. Nos basta casi siempre la apariencia de cambio para adquirir una falsa conciencia de libertad y muchas veces, en esa apariencia, va incluida la caída en formas de dependencia incluso eventualmente más graves y más peligrosas que las habituales.

Muy a menudo, basta la sustitución de las fuerzas que cotidianamente manipulan al ser humano por la presencia de determinados sujetos de carne y hueso que, dotados de especial fuerza persuasiva, proclaman su venida como supuestos liberadores del género humano, para que un sector más o menos extenso de la comunidad cambie sus lazos de dependencia y espere una liberación que de ningún modo puede tener lugar. Esta raza especial de mesías y profetas ha proliferado en los últimos tiempos como fuerza niveladora de los desequilibrios de los grupos de presión tradicionales. Como rasgo común a todos ellos, cabría apuntar el hecho de que, siguiendo las más vetustas vertientes de la tradición condicionadora de los reflejos del comportamiento, proclaman sin excepción ser mensajeros o portavoces de entidades superiores que se manifiestan a través de ellos y les comunican los mensajes y las normas de conducta y de pensamiento que deben seguir todos aquellos que pretenden alcanzar un específico tipo de salvación, física o espiritual.

Otras características que suelen acompañar la presencia y el mensaje —casi sin excepción ingenuo y primitivo— de estos intermediarios de la trascendencia, suele ser su instalación en lugares concretos, muy a menudo consagrados por la tradición mágica, desde los cuales concentran —y creo que va a ser

importante en el futuro que recordemos este hecho de la *concentración*— a la masa más o menos gregaria de seguidores y de discípulos, a quienes se les imbuyen las mismas ideas de sumisión y de presunto apocalipsis que todos aceptan felices, porque no hacen otra cosa que *confirmar* condicionamientos que ya previamente tenían implantados en el inconsciente colectivo, desde miles y tal vez millones de años. A través del mensajero mesiánico, las fuerzas o entidades que le hacen servir de contacto, transmiten consejos, mitos cosmogónicos, órdenes, verdades de Perogrullo, ritos y normas de conducta que luego los adeptos circunstanciales estarán en la obligación ineludible de cumplir e incluso, eventualmente, de difundir entre el resto de la sociedad en la que están inscritos. La única condición previa a la aceptación de esta nueva forma de manipulación es que, siquiera en apariencia, se enfrente a las otras manipulaciones ya establecidas. Si esa apariencia resulta bastante convincente, importará muy poco a los seguidores el hecho de que sea, en lo esencial, un mero reflejo de los condicionamientos usuales.

El proceso mesiánico se acompaña, muy a menudo, de fenómenos más o menos prodigiosos, de la utilización de señales distintivas simbólicas por parte de los supuestos elegidos y de sus seguidores y, sobre todo, de la acumulación —y aquí reside uno de los grandes misterios de la dependencia— de un considerable poder económico. Este último factor se consigue, a veces, por la aportación personal de los fieles, lo mismo que se conseguía en tiempos pasados por parte de las comunidades religiosas ortodoxas, enriquecidas a base de donaciones y legados. Pero suele darse también el caso, extraño e inexplicable desde las coordenadas de la razón, de una tremenda acumulación de capital económico cuyo origen nunca queda total y satisfactoriamente esclarecido. Este incentivo sirve, fundamentalmente, para conseguir potentes medios de propaganda ideológica, pero también —y más a menudo, si cabe— para el exhibicionismo tumultuario y colosalista de la idea mesiánica que se trata de divulgar.

Una vez despojadas de su contexto pretendidamente humanístico y salvacionista, las ideas propagadas por los presuntos mesías y sus sectas son, en síntesis y sin circunloquios, un retorno claro y sin tapujos a situaciones de fuerza y de poder que, venidas de otro lugar y sin formar parte específica de nuestro entorno, pretenden velar por la humanidad y pro-

tegerla, pidiendo a cambio obediencia y solidaridad masiva en el culto propuesto —pretendidamente nuevo, pero viejo como el hombre mismo— y ofreciendo a su vez la promesa sin plazo de una situación edénica que habrá de llegar *algún día* para premiar a aquellos que cumplan fielmente los preceptos, mientras el resto de la humanidad, los descreídos, se hunde y aniquila en un apocalipsis imposible de frenar.

El mesías y su movimiento exigen del adepto disciplina ciega, entrega total, compromiso de permanencia y propagación de la idea concreta que se transmite. (Y lo digo en síntesis, aunque dentro de esta exigencia cabe todo tipo de pretensiones, variantes y aparentes amores humanitarios. Se trata únicamente de quitar, aquí y ahora, el oropel de las palabras y dejarlas reducidas a sus estructuras mondas, a la realidad esclavizante que encierran.) A cambio ofrecen, aparte de la salvación futura cuando llegue el desastre, un tipo determinado de dominio sobre el resto de la humanidad, incluso —en ocasiones— un dominio conseguido desde las coordenadas de la caridad o del amor al prójimo. Y hasta se promete la adquisición de poderes pretendidamente suprahumanos —paranormales, podríamos decir— y, sobre todo, el sello de distinción y la convicción de haber entrado a formar parte de una élite intermedia entre la entidad o las entidades emisoras del mensaje y el resto del género humano, abocado al desastre. Es decir, que el ofrecimiento es en estos casos la oportunidad de ejercer un cierto tipo de manipulación sobre los demás, a cambio de aceptar la total y completa manipulación y la dependencia sin restricciones.

Las apariciones como manipulación de la manipulación

La cosa viene de lejos en ese factor dimensional y tan mal conocido que llamamos tiempo. Si hubiera que fijar una fecha media —en lo que al campo de la ortodoxia al uso se refiere— habría que establecerla en torno al siglo xii con ramificaciones y ejemplos que se extienden ampliamente por delante o por detrás. Tienen como rasgo común la circunstancia de ser un medio paranormal de condicionamiento de la conducta humana que ha sido aprovechado por los grupos ortodoxos de presión religiosa para hacer valer sus razones trascendentes, desviando la posible realidad de su verdadero origen y ha-

ciendo coincidir, de grado o por fuerza, sus coordenadas con las tesis de poder espiritual —e, indirectamente, material— que guían sus intereses.

Al margen de variantes que, a mi modo de ver, tienen poca importancia, los fenómenos de las apariciones se prolongan hasta nuestros días, hasta hoy mismo. Y aunque afectados de una evidente evolución, que nunca sabremos si es objetiva o subjetiva —evolución muy curiosa, por lo demás, porque se adecúa perfectamente a cada estadio cultural en todos los casos y en todos los tiempos—, conservan una serie de factores activos permanentes, constantes e invariables.

Sin que pretenda establecer ahora un orden de preferencias o de frecuencias, el primero de estos factores es que la aparición va acompañada de un número determinado de fenómenos luminosos —e incluso a veces auditivos, olfativos y hasta táctiles—, incontrolables y desconocidos. Siempre, antes, después o durante la supuesta aparición, hay al menos luces que la anuncian, la acompañan o la siguen; muy a menudo, surgen aromas indescriptibles —desde el ozono a la rosa— y, menos corrientemente, formas semimateriales que, por regla general, desaparecen o se diluyen cuando el fenómeno da por terminado el histrionismo de su presencia.

El segundo factor es la naturaleza generalmente patológica de los sujetos pasivos de la visión, al menos de la primera visión, puesto que, posteriormente, cabe muy bien que otros seres oficialmente normales participen del prodigio. Pero, sin excepciones apreciables, estos sujetos *primeros* pasivos son, tanto en lo psíquico como, muy a menudo, en lo biológico y anatómico, seres disminuidos, tarados, primitivos, naturalezas patológicas o, en el mejor de los casos, niños analfabetos que sólo pueden traducir su vivencia con arreglo a los parámetros que les han marcado las escuelas parroquiales o las periódicas sesiones de catequesis.

Tercer factor a tener en cuenta: la insistencia, muy a menudo machacona y hasta con variantes paranormales, de la entidad que forma parte de la aparición por la consagración del *lugar* donde se ha producido el prodigio, como si fenómenos de esta naturaleza y sus secuelas tuvieran la necesidad absoluta de una ubicación cósmica precisa, que tuviera que mantenerse inalterada a partir del momento en que surge por primera vez. Aunque a propósito de esta circunstancia habría que aclarar que, muy a menudo —y muchas más veces de las

que hay testimonio documentado, sin duda alguna—, aunque la aparición sea *reconocida* y *aceptada* en un determinado instante histórico o cultural, si tenemos la oportunidad de escarbar en la historia anterior del lugar podemos encontrarnos con la sorpresa de que ya *antes* de su consagración oficial, ese mismo enclave estuvo condicionado por fenómenos inexplicables que incluso a veces otros cultos perdidos también llegaron a consagrar con templos, con peregrinaciones y con ofrendas a divinidades que luego fueron proscritas.

El cuarto factor es la evidente intención aglutinadora del fenómeno. Y ahora viene al caso traer de nuevo la concentración de que antes hablaba, a propósito de los mesías. El prodigio, a través de su mensaje —un mensaje que nunca falta—, incita por igual al mantenimiento de una secular situación de dependencia frente a cualquier posible desviacionismo liberalizador y a la acumulación de masas de personas, peregrinos y penitentes, que deberán reunirse allí, constantemente o en fechas fijas, para rezar en común, para pedir en común, para solicitar en común la remisión de los males del cuerpo y del alma. Fundamentalmente parece importar la aglomeración, la unión de innumerables energías psíquicas en acción.

Creo que este factor es decisivo, consecuencia y motivo a la vez de todos los demás. Y es el que, para defender su mensaje de mansedumbre y de veneración a ultranza, se vale de los otros tres como elementos de choque, más de un quinto que servirá para mantener secularmente la llama viva del prodigio, a través de curaciones, de éxtasis, de estigmas, de levitaciones y hasta de proyecciones. Todo un cúmulo de fenómenos auténticamente paranormales que habrán de servir de *show* y de aliciente para que el lugar siga atrayendo por un tiempo indefinido la concentración masiva de creyentes que no preguntan y de indiferentes que acabarán por confesar su impotencia para explicar la naturaleza de los hechos que ya el pueblo manipulado habrá convertido en muestra inequívoca del objeto de su fe.

Crisis de conciencia

Nadie podrá decir si se trata de un descubrimiento o de un redescubrimiento. Lo digo convencido de que una serie de elementos simbólicos de la tradición ocultista y mágica y res-

tos arqueológicos procedentes de culturas remotas pueden hacer pensar en la posibilidad de que alguna cultura perdida más allá de lo que llamamos prehistoria poseyera el secreto, con otros muchos, del código genético que viene a ser el factor físico —molecular o biológico, si queremos— de la evolución. No se trata ahora, sin embargo, de ahondar en la eventual sabiduría arcaica del hombre. Demos provisionalmente por *bueno* —es un decir— el avance espectacular de la ciencia actual y limitémonos a admitir que ya hoy puede hablarse, sin que se trate de un relato de fantasía futurista, de que el científico —o las fuerzas que sepan manejarlo convenientemente— está en condiciones de intervenir en los procesos elementales que gobiernan la vida: la «mente» e incluso, posiblemente, el «espíritu» de las células. Lean ustedes los trabajos del premio nobel Korana si quieren convencerse de lo que podrá hacerse YA en cuanto a modificación de las características biológicas —y totales— del ser humano.

Esta eventual e inmediata manipulación, que puede estar en puertas de convertirse en una realidad para intervenir decisivamente en la transformación del individuo, nadie lograría decir en las circunstancias actuales si podrá considerarse un *bien* o un *mal* irreversibles para la especie. Lo que sí salta a la vista es que será —si la ciencia lo permite— un definitivo condicionamiento, así como la despedida, también definitiva, de toda esperanza de alcanzar la libertad. Pensemos un poco: si la ciencia, en busca de las raíces de la vida, llega a ser capaz de modificar la mente, esa modificación únicamente podrá llevarse a cabo *según la preferencia* o el ideal humano de alguno de los grupos de presión que gobiernan ya el destino del hombre y coartan su libertad. Y si hoy mismo los condicionamientos psíquicos y morales han hecho del ser humano, en la práctica, esclavo de las circunstancias que le rodean —tecnológicas e ideológicas— hay que empezar a asustarse ante la posibilidad de que esa manipulación se lleve a cabo también desde el área biológica.

No he traído a colación esta eventualidad para extenderme sobre ella. La menciono sólo como muestra de un ideal negativo que, llegue o no a llevarse a la práctica, responde, lo mismo que los demás elementos mencionados hasta aquí, a la radical indefensión del hombre frente a las fuerzas —muchas creadas por él mismo, otras venidas de la siguiente realidad— que actúan sobre él y le trazan la senda irremisiblemente va-

llada de la que le será difícil escapar para alcanzar su libertad y la realización de su auténtico destino evolutivo. En este contexto de dependencia, el ser humano se ahoga, desconfía de su prójimo y de eso que le hicieron llamar cielo —o dioses, o lo que usted quiera— y, lógicamente, también de los principios que le han venido manejando como a un títere colectivo.

El género humano está haciendo crisis por muchos lados a la vez. Crisis de conciencia en los especímenes más relativamente evolucionados; crisis vital, de pura subsistencia inmediata, en las comunidades de ése que llamamos el Tercer Mundo. Hay una desconfianza radical en la improbable mejoría de una situación que se ha hecho irreversible. El hombre, en medio de esa crisis, se tiene que apoyar necesariamente en aquello que tenga aires de ideales y esperanzas, aunque tales ideales escondan en sus pliegues mayores sumisiones y más graves esclavitudes. El ser humano ha alcanzado una mayoría de edad sólo tecnológica, que no corresponde a su evolución mental. Por eso sigue sujeto a dependencias y ansia, aunque no se atreva a proclamarlo abiertamente, que algo ajeno —partido político, iglesia, secta o entidad extraterrestre— venga a resolverle, como se le resuelven a un niño, los problemas que él se siente incluso incapaz de plantearse con frialdad y buenas razones. Por su parte, los grupos de presión más fuertes —que no son siempre los más conocidos y evidentes— fomentan esa inseguridad, sabiendo que el ser humano acaba siempre por entregarse al más poderoso.

Lo más poderoso para el hombre es, sin embargo, aquello que es capaz de atravesar las fronteras de su propia realidad vivencial, aquello que le habla y le somete desde el exterior de su contexto cotidiano. Por eso mismo, la presencia constante del fenómeno paranormal aquí y ahora es, en una doble vertiente, causa y efecto de la crisis de la que estamos hablando ahora. La Otra Realidad, materializada y evidenciada en esos fenómenos, hace acto de presencia para situarnos en nuestra estricta dimensión, para que capturemos —y no confundamos captar y comprender— que algo por encima de nuestro entendimiento está ahí, con su radical ruptura de todos nuestros esquemas y con el ejercicio de una voluntad caprichosa que tenemos que acatar, porque toda nuestra razón, tan penosamente implantada en las mentes, sería incapaz de explicarlo, entenderlo y combatirlo —si es que admite el combate— en beneficio de nuestra deseada libertad.

Reflexiones en torno nuestro

Desde España, con amor

Nos sucedió de pronto, como una bocanada de aire fresco o, mejor aún, como un huracán que abre aparatosamente las ventanas, escandalizando y refrescando a un tiempo la casa entera. Pasábamos, según se nos juraba solemnemente, de la opresión a la libertad, o sea de callar y conspirar a gritar las cosas en voz alta y expresar —libremente según nos decían— nuestras preferencias, nuestras ansias, nuestras realidades e incluso nuestros oscuros fantasmas libidinosos.

Bueno: nos abrieron las urnas, nos invitaron a formar cola ante los colegios electorales y nos llenaron el alma y los oídos con proclamas de derechos y de reivindicaciones, impulsándonos a elegir a quienes tenían que representarnos, exactamente igual como sucede —nos repetían una vez y otra— en los países más avanzados. Lo que nadie hizo —y eso sucede exactamente igual en esos países que nos colocaban ante las narices como ejemplo a seguir— fue avisarnos de que nosotros, tú y yo, resultamos infinitamente más fáciles de controlar si se nos da la oportunidad de expresar abiertamente nuestros deseos que tapándonos la boca por decreto, imponiéndonos el silencio a toque de clarín o llenándonos la vida de imágenes (¡por el Imperio hacia Dios!, ¡el hombre es portador de valores eternos!, ¡una unidad de destino en lo

Universal!) en las que nadie, conscientemente al menos, podría creer.

Lo que nadie nos advirtió —y en eso hemos pasado también a formar parte de pleno derecho de nuestro mundo, orientado por oscuros decretos nunca publicados— es que las palabras, y hasta los acontecimientos de la vida pública y privada, hace tiempo que dejaron de ser *semánticamente* válidos. Que cada deseo que se expresa —libremente, dicen— responde a un contexto en clave, del que jamás se nos dará razón para que podamos interpretarlo correctamente. Que cada dicho y cada hecho con los que hemos de enfrentarnos a diario no son lo que aparentan, sino que obedecen a una dimensión esotérica a la que únicamente los iniciados en el cotarro socio-político-económico-religioso pueden tener —y no siempre— acceso. Porque ellos mismos, por más que lo crean, no están capacitados para integrarse en ese mundo críptico con derecho pleno y en ejercicio de sus libertades personales, sino que han pasado a formar parte de un tinglado incommensurable que les supera con creces y les utiliza como piezas de un juego de dimensiones cósmicas, del cual nosotros, como ciudadanos de a pie, somos meros espectadores, asombrados testigos en la contemplación de unos movimientos que no sólo ignoramos a qué obedecen, sino incluso quién o qué les sirve de motor, de estímulo, de lubricante, de causa inmediata.

Una grieta para atisbar al otro lado

Lo único bueno —relativamente— que nos puede suceder es que, a veces, en medio de ese mundo infranqueable en el que se parapetan las sinrazones de nuestra radical falta de libertad, se abren brechas por las que se atisba, si no la causa profunda de nuestra dependencia, si, al menos, unos indicios que nos permiten adivinar a medias y sospechar, igualmente a medias, la colosal estructura que mueve los cables de un comportamiento planetario que intenta —y casi ha conseguido— controlar al milímetro y al minuto la vida y los movimientos de cada uno de nosotros, desde el que se proclama ejecutivo agresivo y cree poseer la clave del éxito —sin saber cuál— hasta el niño hambriento de la República del Mali, que perece de inanición mientras en los campos abonados del mundo occidental se promueven huelgas de tractores o se

queman salvajemente los excedentes agrarios para mantener unos precios de consumo establecidos.

Y lo que vislumbramos a través de esas grietas no son comportamientos humanos —¡qué más quisiéramos!—, sino cifras y números y esquemas microcomputados, que actúan de modo impersonal en beneficio no del ser humano, sino de *entidades metahumanas* —inhumanas al cabo—, entre las cuales ese ser humano que asegura pensar, sentir y amar, y hasta elegir, es apenas un microorganismo, una molécula, un tornillo despersonalizado de la gran estructura-colmena-madre flagelante, que parece ser lo único digno de supervivencia.

Me pregunto —y pregunto—: ¿estamos en disposición de captar, en tanto que seres humanos, los cables invisibles que mueven una voluntad nuestra que nunca o muy pocas veces llegamos a ejercer? ¿Podemos localizar, descubrir y denunciar una conexión entre esos cables invisibles y partes inexploradas de nuestro cerebro? Sinceramente, creo que sí, al menos a determinados niveles. Pero creo también que ese descubrimiento y la consiguiente denuncia habrá de hacerse desde las coordenadas del *espíritu* —aunque también esa palabra y todo cuanto encierra se haya llegado a degradar hasta límites inconcebibles—, precisamente porque ese espíritu es la única parcela de nuestra identidad que puede superar las perspectivas del racionalismo a ultranza en el que nos han hecho basar los esquemas vitales. Hemos de ascender desde las capas meramente *sensibles* de nuestro ser hasta niveles en los que lo racional sea ya incapaz de operar. Y, desde allí, contemplar nuevamente el paisaje cósmico —total— que se nos ofrece. Aunque nada tenga ya que ver con los esquemas anteriores, aunque se mezclen y se confundan y se emborronen mutuamente noticias periodísticas y visiones proféticas, hechos de la vida cotidiana y prodigios inconcebibles desde el encasillamiento estricto de lo que se puede ver u oír, o gustar, oler o tocar.

El tornillito imprescindible

Hubo, hace años, un escritor de relatos de anticipación —anglosajón, como mandan los cánones— que planteó en uno de sus cuentos un apocalipsis insólito: nada menos que hizo hundirse el mundo ante la hipotética realidad de que

desapareciera, de pronto y absolutamente, todo el papel que nos sirve para escribir, para envolver o para leer. ¿Se imaginan ustedes que desaparecieran todas las noticias recopiladas, todos los archivos, todos los legajos, todos los libros, los cuadros, los calendarios, el papel higiénico, los sobres, los paquetes, las cartas? Sin embargo, es absolutamente cierto que muchas de esas cosas a las que apenas prestamos atención son infinitamente más importantes de cuanto podamos imaginar.

A un ser humano se le puede matar con sólo tocarle en un punto preciso del cráneo. Y un automóvil puede ser definitivamente detenido si se le desconecta un hilito de cobre en el que nunca habremos parado nuestra atención. Es cosa de Perogrullo, ¿verdad?

Las grandes compañías multinacionales, en cierto sentido, actúan siguiendo exactamente estas mismas reglas. Por si alguien no lo supiera todavía —lo dudo— digamos que reciben su nombre porque se extienden por varios países y porque, en apariencia al menos, actúan y proceden en cada uno de ellos *como si fueran* una entidad nacional, sujeta —siempre en apariencia— a las leyes de cada estado y empleando con amplia preferencia mano de obra y hasta directivos autóctonos. Sin embargo, hay siempre un pequeño detalle (tecnológico) que las distingue del resto de las empresas del país en cuestión. Esta diferencia consiste en que un determinado elemento de la industria, siempre básico a pesar de su aparente banalidad, es importado siempre de otra parte. Y sin él es absolutamente imposible poner en funcionamiento el complicadísimo acabado de esa industria: un jarabe, una pieccecita transistorizada, una determinada aleación o un simple tornillo bastan para el caso.

Cabe preguntarse el porqué de esa precaución, pero la respuesta es diáfana: si una circunstancia cualquiera —revolución, alternativa política o conflicto laboral agudo, pongo por caso— obligase a esa compañía a abandonar el país en cuestión, toda la tremenda estructura instalada quedaría automática y absolutamente inutilizada, y sus productos industriales, lo mismo que la maquinaria y las instalaciones, serían apenas válidos para convertirse en chatarra. La empresa, sin ese detalle aparentemente mínimo, quedaría muerta. Los miles de empleados, sin trabajo. Y eso sin contar con la imposibilidad total de atención a los servicios de mantenimiento de los productos terminados y en funcionamiento.

Un tinglado de tales características no tiene necesidad alguna de inmiscuirse directamente en el gobierno aparente de ningún país en el que se haya instalado. Su sola presencia, con todo cuanto lleva consigo de fuerza influyente, es más que sobrada para que cada decisión política de importancia tenga que contar con su acuerdo y con su tácito consentimiento. Nada se podría hacer que amenazase sus intereses. Y no sólo eso: todo cuanto se haya de llevar a cabo —en el terreno de lo fiduciario o en el campo de lo meramente económico— habrá de tender, sin excepciones posibles, a su beneficio y a su progreso, precisamente porque una parte fundamental de la estructura global del estado depende de que esas entidades se encuentren a sus anchas en el país elegido, de que obtengan beneficios adecuados a la inversión realizada y de que sigan proporcionando su hipotética ayuda al desarrollo de sus estructuras económicas.

Planteémonos la cuestión: si esta realidad, por desgracia incontrovertible, no está reflejada en leyes ni en decretos; si el ciudadano de a pie tiene que conformarse con conocer lo que se le quiere contar, se ajuste o no a la realidad más profunda de su quehacer cotidiano; si buena parte de las actividades llamadas «políticas», de uno u otro signo, que se llevan a cabo en cualquier estado responden a causas en las que privan intereses anónimos infinitamente más poderosos y decisorios del destino humano que la supuesta voluntad popular presuntamente expresada en las urnas, ¿qué tiene que ver cualquier declaración de principios políticos o sociales con la estricta realidad manipuladora de vidas, libertades e incluso haciendas de los ciudadanos de cualquier país de esos que consideramos «libres»?

Tal como se plantean las premisas de nuestra supervivencia inmediata, los hilos que nos mueven se encuentran perfectamente tendidos, de modo que podemos ser manejados lo mismo que una marioneta inconsciente, con tal de que se tense el cable preciso a cada circunstancia y en el momento previsto. En este sentido, la humanidad se parece bastante a las mulas de los viejos tiros, provistas de anteojerías que les impedian ver qué sucedía realmente en torno suyo y sujetas a unas riendas que llevaban a la recua por donde el invisible conductor descaba en cada instante. Sólo que el hombre es

—presumiblemente— un ser pensante y las riendas no pueden ir enganchadas a sus miembros o a su garganta, sino a su cerebro, a sus vísceras vitales, o incluso a su conciencia.

El tiempo de una proyección cinematográfica

Hace poco tiempo se planteó un conflicto laboral relativamente grave en una de las grandes factorías multinacionales instaladas en España. La huelga parecía prolongarse más de los que los ritmos previstos de producción podían permitir y se esperaba impacientemente el inicio de unos arreglos que no llegaban. De pronto sí llegó, no obstante, una amable invitación de la empresa a los dirigentes obreros, para que asistieran a una proyección cinematográfica. Los líderes acudieron, extrañados. Parece ser que comenzaron mostrándoles unas cuantas películas cómicas mudas de los años veinte y, como plato fuerte, una superproducción realizada por la compañía en la que se mostraba, paso a paso, cómo se desmantelaba una factoría del mismo tipo que la que sufría el conflicto laboral, cómo se embalaba la maquinaria y cómo se trasladaba a otro lugar.

Terminada la proyección, uno de los directivos de la multinacional explicó a los espectadores que el tiempo de proyección de la película correspondía, segundo a segundo, al tiempo real en que tal operación podía llevarse a cabo: tres cuartos de hora escasos.

En pocas horas terminó la huelga y los varios miles de obreros de la factoría regresaron a su trabajo dispuestos a negociar mansamente y sin demasiadas esperanzas sus reivindicaciones.

Lo importante de este hecho, rigurosamente cierto, no es tanto la presión que una determinada entidad puede ejercer sobre la masa humana a la que da de comer a cambio de su entrega laboral, sino la radical indefensión del ser humano ante una situación en la que resulta totalmente imposible ejercer la propia voluntad si tal voluntad va contra el organismo anónimo del que se depende para la supervivencia. Hay, incluso, muy a menudo, una mentalización que hace concebir tal dependencia —a quien la sufre— como una especie de regla del juego aceptada o de reflejo condicionado dogmáticamente admitido. Hay una alteración aceptada de

los valores semánticos, y conceptos como *libertad*, *progreso*, *bienestar*, *compañerismo* u *ocio* adquieren significados acordes sólo con los intereses de la entidad manipuladora y no con el sentido que el ser humano consciente tendría que darles. Hay una auténtica trasposición de los valores. Se asume como benéfico lo que es simplemente útil y como maléfico lo que, pudiendo atentar contra los intereses de la Gran Madre anónima, pudiera causar su impersonal irritación y su eventual venganza. O, lo que sería mucho peor, el abandono frío y fatal de los actuales pupilos, para ser sustituidos por otros que, ocasionalmente, obedecieran esas reglas del juego nunca escritas, pero profundamente grabadas en la mente de los que viven y trabajan para la entidad anónima.

Antropología del fracaso

En esta situación, también el concepto de *fracaso* ha pasado a sustituir, con sus mismas características de mala conciencia y de culpabilidad, a lo que hasta hace no tanto tiempo se denominaba *pecado*. Otra trasposición semántica a tomar en cuenta. Pensemos en la realidad inmediata de un país desarrollado o semidesarrollado cualquiera: España, por ejemplo. Hay pobres diablos que *aún no tienen* su televisor en color, ni su vídeo, ni buena parte de esa interminable colección de aparatitos que lanzan al mercado cada día y que *hay que comprar* y ostentar, so pena de sentirse sumido en la más desolada frustración. Dicen que son los tiempos. Y no soy yo quien lo dice, sino el mismísimo consejero delegado de la IBM española en entrevista concedida al diario *El País* y publicada el 21 de junio de 1981: «Si un agricultor no compra un tractor, se queda atrás: son los tiempos». Y no es sólo el tractor, ¡ojalá lo fuera! Es el capricho consumista, convertido, para un determinado nivel de la clase media, en piedra de toque de un status adquirido. El consumismo, aunque se haya atenuado relativamente en este concreto instante de crisis mundial, no significa siquiera la posibilidad de proporcionarse lo que uno *desea realmente*, sino la necesidad social de obtener todo aquello que pueda demostrar que ese *uno* en cuestión está ya *colocado*, lo mismo que en las carreras de caballos de Aston, y va camino de *ganador*. De nada sirve encogerse de hombros y decir —sólo decir— que no se desea más que lo que real-

mente le parece a uno útil, imprescindible o simplemente necesario (veáse el caso del agricultor y su tractor). Hay que tener y hay que demostrar que se tiene. De lo contrario, ante el mundo circundante uno es un fracasado.

Reconozco la posibilidad de haber dicho la perogrullada de turno, en la que, a no dudarlo, habrán coincidido, antes que yo, cientos de miles de personas de mayor audiencia y en mejor oportunidad. Sin embargo, me permito constatar que: a) la advertencia no ha servido de nada —porque de nada podía servir— y millones de ciudadanos han seguido empeñados en endeudarse hasta las cejas para adquirir supuestos bienes de consumo cuya necesidad les ha sido impuesta; y b) ha surgido, con la crisis de los últimos años, un factor significativo que casi creíamos perdido en la noche de los tiempos feudales: la vuelta a la discriminación social, después de un tiempo de «vacas gordas» en el cual, ¡horror de horrores!, las apariencias confundían a los auténticos ganadores con los efímeros recién llegados al mundo del consumismo masivo, al status querido.

Juicio final: los buenos y los malos

Ahora hay, por un lado, un porcentaje alarmante de parados. Y esta alarma la proclaman los mismos que han contribuido a provocar el paro que se sufre. Por otro lado, una masa informe de ciudadanos empeñados por igual en mantener posición y supervivencia. Finalmente, una minoría de ganadores a quienes la crisis ha logrado finalmente diferenciar, de modo que resulta ya relativamente sencillo apostar por ellos. De un modo casi insensible, la crisis económica de Occidente, transformada en crisis social y hasta —perdón— religiosa, rompe de raíz nuestras vagas ideas de democracia y de igualdad y establece un novísimo sistema de castas, en el que los presuntos vencedores o elegidos van siendo atraídos desde la cúspide de la pirámide, examinados, analizados célula a célula y, eventualmente (si la prueba resulta positiva), ensalzados a la categoría de *poder delegado*, en la que actúan como *bucocemisarios* de la entidad anónima —o innominada— que decide, desde la cima, el destino de TODOS los seres humanos, su función y sus coordenadas, al margen de deseos soñados y de esperanzas concebidas.

Se han alterado, sin solución de continuidad, los esquemas éticos que rigieron el comportamiento del ser humano durante milenios. Pero se trata, reconozcámoslo, de una alteración sólo aparente. El ideal del hombre no es ya el de una vida más o menos acorde con principios morales de cualquier tipo, sino la disyuntiva (así, a pelo) entre vencer o fracasar, entre contar o ser contado, entre mandar o doblegarse definitivamente a una obediencia de paria del Ganges que marcará, como en las viejísimas y reactualizadas escrituras, al hombre «y a sus hijos y a los hijos de sus hijos» en una clarísima divisoria discriminadora de posibilidades, de oportunidades y hasta de derechos y de supervivencias.

Los guardianes del tráfico para el Gran Día

Yo he tenido noticia directa de sociedades con indudables implicaciones mesiánicas que organizan ya periódicamente cursos, cursillos y simposios de formación de ejecutivos, a precios netamente discriminatorios y prohibitivos, y con la diáfana intención de atraer ideológicamente —creo que incluso *religiosamente*— a aquellos que muestran mejores disposiciones para formar parte de una enteléquia y discriminatoria casta dominante para un inmediato futuro que, en pocos años, podría convertirse en dueña absoluta de una sociedad de fracasados dispuestos a aceptar las directrices salvíficas que se les marcasen. Yo he visto los libros —carísimos— editados por esas sociedades, destinados nada menos que a crear toda una teogonía manipuladora para uso de clases colocadas que, sobre sus presuntos conocimientos estrictamente tecnológicos, aprenden en el seno de la secta —pues de secta se trata— una serie de métodos que van desde la meditación trascendental a la adquisición de supuestos poderes paranormales que, como es lógico, les permitirán una clarísima preponderancia sobre esa masa ansiosa de soluciones mesiánicas que está constituida por los pequeños fracasados, por los a pesar suyo no elegidos.

El truco —pues hay truco— consiste en jugar una partida doble en el gran casino de la manipulación. Por un lado, creando una masa con claro complejo de fracaso, lista para el servicio inconsciente e incondicional en cuanto se le hayan formado los debidos reflejos de obediencia. Por otro, fabri-

cando con sumo cuidado cuadros dispuestos a dirigir la vida, las ansias y las apetencias consumistas de esa masa, dando siempre el reflejo de su ejemplo y de su presunto poder. Y por encima de todo, recogiendo el tributo solicitado y repartiendo prebendas, la entidad innominada y, en todo caso, sus mesías, organizadores de la novísima fe, con un control absoluto y total sobre los estratos vitales de subsistencia inmediata.

A fin de cuentas, se trata de la eliminación continuada, pura y simple, de la libertad humana para elegir su camino evolutivo. El ser humano no debe *servirse de*, sino *servir para*. Y en ese *para* hay un beneficiario que está dentro de la sociedad, aunque sin formar parte de ella. Algo —máquina, conjunto o entidad metahumana— creado por el ser humano, pero que sirve para su propia dependencia, como una cárcel sin puertas que hubiera sido construida *desde dentro* y que sirviera para dejar encerrados definitivamente a sus propios constructores.

Apuntes previstos para unas normas de conducta

Si analizamos cuidadosamente los comportamientos que venimos mencionando hasta aquí, creo que nos será posible establecer unos módulos generales de comportamiento perfectamente aplicables a todas estas entidades netamente sobrepasadoras de los niveles de conducta individuales y hasta colectivos de la especie.

En primer lugar —y en un primer momento, porque aquí juegan a la vez el espacio y el tiempo— la entidad surge como específicamente *salvadora* de una situación más o menos crítica en la que el hombre se encuentra. La salvación que ofrece es, a la vez, definitiva y excluyente. Es decir, que llega para ejercer una *redención* que habrá de servir para siempre y frente a cualquier otra alternativa que pudiera surgir como rival en un determinado instante.

A continuación, la entidad elige a sus cuadros, destinados a hacer de intermediarios entre sus altos designios y la masa. Importa fundamentalmente que dichos cuadros se estructuren en el mayor número posible de categorías o de grados, de tal modo que, en realidad, todos ellos puedan sentirse en situación de mando y, al mismo tiempo, sepan que no constituyen más que un eslabón en la cadena de categorías establecida.

Los ejemplos que podrían aportarse abarcan desde los grados de la masonería a las declaraciones anteriormente citadas del primer directivo de IBM en España, que reconoce la presencia de un jefe por cada siete empleados de la empresa. La explicación que da a esta circunstancia («creemos que, de esta forma, hay un trato más directo, más humano») constituye a la vez una explicación inmediata para la galería y retrata la intención de la entidad de conservar el sentimiento inconsciente de la manipulación sobre todos los individuos a su cargo. Cada cual manda y obedece a la vez. Fijémonos, en este sentido, cómo tal estratificación del mando en múltiples grados viene incluso definida —y defendida— en las teogonías y en los tratados religiosos de muchos credos, cuando establecen el orden de mando y de autoridad en las entidades angélicas.

Como paso siguiente, la entidad crea *una necesidad* en el grupo humano entre el que se establece. Necesidad que, muy a menudo, no tuvo por qué ser sentida con anterioridad, pero que se convierte, a partir de entonces, en algo que —en la intención al menos— debe volverse absolutamente imprescindible. Este es el paso inmediato a la consecución del poder, porque éste se adquiere desde el instante mismo en que, creada la necesidad en cuestión, se tiene en las manos la posibilidad de *no* satisfacerla. Y, en consecuencia, se tiene también la fuerza para establecer todo un sistema de premios y de castigos de la más diversa índole, según se acaten o se pretendan rechazar las normas impuestas desde las más altas esferas de poder.

La creación de una realidad a la medida

Paralelamente a estas maniobras, la entidad *crea* en torno suyo una imagen de la realidad que habrá de ser necesariamente asumida por todos sus presuntos beneficiarios y que será tan extensa como amplia llegue a ser el área de su influencia. Dicha imagen de la realidad no tendrá por qué corresponder a coordenadas objetivas, sino que constituirá un dogma aceptado tácitamente por la sociedad implicada en el sistema, cuyos miembros nunca deberán preguntarse más allá de lo que las normas salvíficas autoricen. Desaparecerán, en consecuencia, buena parte de las relaciones lógicas de causa-efecto y se crearán nuevas relaciones, sólo aparentemente ra-

cionales, que tendrán que ser tomadas como expresión natural de los hechos, aunque probablemente nunca resistirían un análisis formal que tendiera a clarificarlas. Ese presunto análisis queda tácitamente prohibido, está lejos de toda mente que pretenda permanecer dentro del sistema. Su solo planteamiento acarreará, sin excepciones, el anatema e incluso la aniquilación, si llega el caso.

Vamos a recurrir a un ejemplo que fue noticia no hace mucho tiempo. Trataré de despersonalizarlo, pero muchos lo recordarán inmediatamente. Luego trataremos de sacar de él consecuencias válidas para cuanto trato de exponer.

Rehaciendo la película de los hechos a los que quiero referirme —y que no son más que una muestra concreta de otros que suceden cada día por el resto del mundo— nos encontramos, en primer lugar, con una reacción popular en cadena contra la proliferación de las centrales nucleares. Una reacción que, en un caso concreto, se centra sobre un determinado complejo de modo masivo y multitudinario. Un buen día, una organización terrorista, presuntamente independentista y violenta en sus acciones, secuestra a uno de los ingenieros que trabajan en la construcción de la central, da un plazo de siete días para que la obra sea totalmente desmantelada y destruidas sus estructuras y pone en la balanza la vida del rehén si no se cumplen las exigencias. Naturalmente, nadie parece dispuesto a cumplir la condición impuesta, pero se convocan manifestaciones masivas y se recurre, como es lógico a los sentimientos humanitarios del pueblo y —presuntamente también— de los secuestradores. Pasa el plazo previsto y se cumple la amenaza anunciada; brutal, absurda, tan bestial como ingenua parecía la condición impuesta para que no se llevara a cabo. La indignación popular, unas veces espontánea y otras dirigida, alcanza cotas difícilmente superables. La cotización de un terrorismo humanamente incomprensible baja varios puntos, incluso entre aquellos que se han empeñado cotidianamente en comprenderlo y hasta en justificarlo a lo largo de sus acciones anteriores. El hecho, ahora, es irracional y absolutamente nadie piensa que pudiera haber en las mentes dirigentes de la organización la más remota esperanza de que sus exigencias hubieran podido ser aceptadas.

Cabe ahora interrogarse sobre muchas cosas. En primer lugar, cómo ese concreto movimiento independentista no es consciente de que cualquier organización que se proclame política y presuntamente liberadora ha de intentar aglutinar en torno a sus premisas a la mayor cantidad posible de ese pueblo al que pretende representar, en vez de llevar a cabo acciones cada vez más desacordes con el sentir general del ser humano. En segunda instancia, si formará tal vez parte de la estructura íntima de la organización presentar de sí misma una imagen progresivamente paranoide y aterradora ante el ciudadano, asumiendo *voluntariamente* el papel el «malo» condenable que parece necesitar, como contrapunto a su actuación, todo sistema político que pretende aparecer ante los ciudadanos como justo, angélico y hasta salvífico.

Pero la duda más inquietante, la que no parece que pueda tener una respuesta acorde con ningún principio de táctica política o revolucionaria en ningún movimiento que lucha por el triunfo de su ideal, sea el que sea y en el plazo que sea, es la comprobación de que, a partir del momento del asesinato del ingeniero, se acallaron como por ensalmo todos los gritos de protesta contra la puesta a punto de la central en cuestión, todos los movimientos contrarios a la implantación generalizada de una forma de energía —la nuclear— que, tenemos que reconocerlo, ha sido unilateralmente proclamada como necesaria e insustituible precisamente por aquellas entidades capaces de poner a punto todo el plan de nuclearización energética. Porque se trata de una energía que, sobre ser más cara y evidentemente más peligrosa que ninguna otra, supone unos beneficios económicos astronómicos para las empresas y los gobiernos encargados de montarlas y de cobrar los correspondientes derechos por la utilización de sus patentes en todo ese mundo ávido de desarrollismo que, al mismo tiempo, relega perezosamente a segundos y hasta a quintos planos la investigación sobre otras fuentes de energía más económicas y, por supuesto, infinitamente menos peligrosas.

Digo yo, sin esperanza de respuesta: ¿quiénes aprietan *realmente* el gatillo de una pistola, sino aquellos que obtienen un determinado beneficio —por sucio que sea— de su acto? ¿Quién se lleva, al fin y al cabo, el gato al agua: el asesino

sádico de máscara satánica que aparece como autor material del crimen, o la entidad anónima supranacional e impersonal, que asume el papel de víctima cuando en realidad su obra, como todas las demás centrales que se están instalando por la superficie del mundo, sirve para financiar todo un vastísimo plan de investigación nuclear de altos niveles que únicamente la venta de estos royalties puede sufragar?

La ley de la gravitación espiritual

He echado los dados al aire y pienso que caerán en la mente de cada cual en el orden que su instinto le dicte. O mejor, como le quiera marcar su mente condicionada desde siglos por los caminos establecidos desde la voluntad de las entidades que siempre detentaron el poder y dominaron cualquier asomo de libertad *real* de la especie humana. He tratado de ceñirme, en este primer envite, a una circunstancia espacial concreta y limitada a un tiempo: el aquí y el ahora de los españoles. Y no lo he hecho porque intentase fijar las coordenadas de una intención política, sino porque he creído que, desde nuestra específica situación, si alcanzamos a comprenderla —o, por lo menos, si logramos asimilarla— nos será mucho más sencillo saltar poco a poco hacia esferas mucho más vastas, más vagas también, pero no por eso menos ciertas, de ese fenómeno de la manipulación que es, y creo que no sólo para mí, de alcance universal.

El ser humano se mueve —aparentemene— por leyes espirituales, lo mismo que los cuerpos físicos se comportan —también en apariencia— obedeciendo a leyes físicas. Pero todos sabemos que no hay leyes sin legisladores. Hay, si, una fuerte dosis de intención manipuladora en esa afirmación presuntamente lógica de que las leyes existen ya en el cosmos y de que el hombre se limita a descubrirlas o a transmitir las, obedeciendo a la evidencia (según los científicos) o a designios divinos (según los teólogos). Si existen leyes —y no me cabe duda de que existen— no son precisamente las que nuestras mentes han tenido que aceptar por decisión inapelable de unos y de otros. Pero nos regimos por estas últimas, valgan o no, porque nuestra sumisión secular, inconsciente ya, nos ha convertido a la necesidad de acatarlas, de creer en ellas a ciegas, sin poner a prueba la capacidad real de nues-

tro espíritu en un intento de actuar de modo trascendente por cuenta propia. Si mi intención es tratar de abrir una rendija —que ni siquiera una brecha o una ventana— en esa muralla de sumisión cósmica que nos envuelve a todos y cada uno de nosotros, tengo que empezar por raspar con uñas y dientes en lo más inmediato: en nuestro devenir cotidiano. Por eso he hablado de política. Ha sido un ejemplo. Lo mismo podría haberme lanzado por los caminos de la historia o por los de nuestros impulsos íntimos, porque tanto la historia como nuestros instintos llevan la marca indeleble de la dependencia. Pero se trata de una dependencia que no sólo se manifiesta en lo inmediato, sino que tira del espíritu a todos los niveles, haciéndole ver, hasta la saciedad, los límites de su vuelo, la frontera de su exigua libertad. Si de algún modo logramos tomar conciencia de las distintas fuerzas que nos empujan y nos conducen impidiéndonos crecer, habremos entrado en contacto con otra ley, la que me atrevería a llamar de la gravitación espiritual. Nadie la ha escrito, por fortuna. Y esperemos que nadie llegue nunca dogmatizando sobre ella y obligándonos a reconocerla, porque sólo si está integrada en cada uno de nosotros, sin que llegue a escaparse de lo profundo de la conciencia, podrá tener vigencia y servirnos realmente de algo.

3

Desde el mundo que nos rodea y desde alguna de sus mentiras

Palabras: el despertar de los pueblos

Resulta que nos hemos acostumbrado ya a escuchar o leer conceptos prefabricados y que los aceptamos sin detenernos siquiera a meditar sobre el significado real que poseen allá arriba, en las invisibles alturas de esos poderes omnimodos que, generalmente, los expanden a su conveniencia por todos los medios de comunicación. Resulta que, a veces, hasta nos llegamos a compenetrar ciegamente con esos conceptos y los utilizamos —aunque sólo en apariencia— contra determinados estadios intermedios de ese mismo Superpoder, porque nos repelen y porque los imaginamos etapa final, cuando son, en realidad, meros peldaños hacia fuerzas que casi nunca llegaríamos a identificar conscientemente.

Cuando nos dicen, y nada menos que desde las altísimas esferas de las Naciones Unidas, que todos los pueblos tienen *derecho* a la autodeterminación, afirmamos y proclamamos ciegamente que sí. Y descargamos nuestra ira impotente sobre los estados que quieren impedir que ese ideal maravilloso —porque lo es realmente— llegue a realizarse. Y firmaríamos en favor de la idea cualquier manifiesto que nos pusieran delante. Y nos sentiríamos profundamente avergonzados si

planteásemos, incluso de tapadillo y en nuestro fuero interno, el menor inconveniente a tal afirmación que (como diría un cura teologista) ha de ser *extrínsecamente* buena, justa, santa y (añadiríamos nosotros, sin duda) esencialmente humanitaria y progresista. ¿Qué queremos todos, sino ser progresistas? Tenemos el progreso incrustado entre ceja y ceja y nadie ni nada —creemos— nos lo podría arrebatar de la mente.

La idea lleva, en consecuencia, a un lógico despertar de la conciencia de muchos pueblos secularmente oprimidos y vejados. La palabra les suena a música celestial, a bandera de libertades añoradas y a urgencia de ejercerlas al precio que sea.

Y es precisamente ahí, en el *precio*, donde se insertan las raíces invisibles de esa dependencia que no sólo puede permitirse el lujo de proclamar altísimos conceptos ideales, sino que, de hecho, sabe muy bien en qué instante y en qué circunstancia tiene que airearlos en su propio beneficio.

Prefiero ahora prescindir de ejemplos inmediatos que estarán en la mente de la mayoría y podrán ponerlos a su gusto, pensando indistintamente en corsos o en saharauis, en kurdos o en bubis, en armenios, en musulmanes filipinos o en bretones. Cualquier ejemplo sería válido, porque son muchos —demasiados— los pueblos de la tierra a los que se ha obligado prácticamente a anular su identidad para integrarlos en unidades socioeconómicas o religiosas más poderosas, que les han impuesto a la fuerza una despersionalización, un idioma, unas formas de gobierno precisas y unos módulos de conducta que no casaban con la tradición secular del grupo y que, en consecuencia, lo han hecho desaparecer, o casi, mediante el ejercicio del poder opresivo.

Teoría sociopolítica del átomo

Sin embargo, el sentido de estas reivindicaciones cambia sustancialmente desde el instante mismo en que se producen precisamente ahora, cuando la estructura planetaria —y hasta la estructura de las ideologías— ha sufrido una transformación tan fuerte que resultan prácticamente imposibles conceptos como la independencia pura y simple, el auténtico autogobierno o la realización de un ideal autonomista cualquiera, desde la entraña misma del pueblo que lo quiere vivir.

En primer lugar, porque el acceso a la autodeterminación es radicalmente imposible, a menos que se reciba algún tipo de empuje exterior. Empuje en forma de ayuda que, por una parte, habrá de llegar precisamente —y no es casualidad— de un rival económico, político o religioso de la entidad opresora; y que, por otra, exigirá indefectiblemente el pago, al contado o a plazos, del favor concedido, mediante una alianza al menos tan opresora como la que se ayudó a deshacer.

Pero, en segundo lugar, el ideal se hace imposible porque siempre se da el caso —yo, al menos, no conozco ninguna excepción— de que el grupo étnico o religioso o político que aspira a la autodeterminación no cuenta tampoco con la infraestructura necesaria para constituir una entidad mínimamente capaz de bastarse a sí misma, pero sí suele poseer, en cambio (¡casualidades de la vida!), un determinado elemento vital, económico o estratégico que, sobre serle arrebatado a la estructura estatal anteriormente poseedora del territorio, tendrá que caer en las manos o en el área de la nueva influencia, en cuyos brazos habrá tenido que arrojarse el pueblo presuntamente liberado, so pena de perder inapelablemente una riqueza de la que no pueden prescindir los grandes grupos de presión.

O sea que, para ser válido, el problema primario de la autodeterminación de los pueblos tendría que ir unido a una imposible regresión a los niveles de crecimiento económico de unas sociedades que ya sólo forman parte del remoto recuerdo histórico. En los tiempos de las superpotencias y de la *supertecnología*, mal puede pensarse en auténticas autodeterminaciones, cuando hay también una *superestructura* que basa buena parte de su razón de ser en la atomización de los estados autosuficientes en células que habrán de buscarse la subsistencia cayendo en manos de quien las esclavizará de nuevo a cambio de proclamas huecas de falsa libertad.

La sombra siniestra de los teutónicos

Tanto daría, en este sentido, hablar de una parcelación de los estados mediante la manipulación concienzuda de los afanes de libertad de determinados grupos étnicos, como del planteamiento de alternativas de poder que pueden dar al traste, cuando convenga, con el orden establecido en un país

concreto, sea este orden de cualquier tipo que queramos imaginar. Porque, en el fondo, no se trata de imponer una democracia u otra forma cualquiera de gobierno desde las alturas invisibles, sino de *colocar* en la cúspide de las decisiones a aquellas personas o a aquellos grupos que, desde una u otra coordenada ideológica o política (que no es lo mismo), sirvan mejor en un instante concreto los intereses supranacionales de las grandes entidades controladoras de la vida colectiva de los seres humanos.

Y no se trata muchas veces (contra lo que podríamos suponer) de intereses inmediatos y fluctuantes que obligan o provocan los cambios violentos que se vienen sucediendo. Muy a menudo, hay acontecimientos remotos o situaciones seculares que siguen influyendo, por encima de los milenios, sobre hechos que tienen lugar aquí y ahora. Lo cual lleva a la sospecha de una continuidad, dentro de eso que llamamos tiempo, de la esencia de ese poder oculto que estoy tratando de señalar y que cambia de nombre, como de sistema, según lo pida la misma seudoevolución humana que lo controla y lo provoca. Comprendo que a muchos políticos y a no pocos historiadores les resulte duro aceptar esta continuidad que se salta el tiempo y resurge en todos los procesos alternativos —violentos o no— de la historia. Lo comprendo, porque resulta duro reconocer las directrices de un (mal) llamado determinismo que, en cierta manera, puede actuar soterradamente desde tiempos increíblemente remotos sobre nuestras más inmediatas realidades políticas, sociales o religiosas. Sin embargo, cuando los acontecimientos se encadenan y dan razón a sinrazones aparentes, no queda otro remedio que recomponer realidades olvidadas y comprobar que ciertos eslabones de la cadena, que suponíamos desperdigados o definitivamente perdidos, conectan directamente con unos hechos del pasado que ostentan nombres distintos a los que se les ha dado tradicionalmente.

Si repasamos, por ejemplo, la historia polaca desde los viejos tiempos del emperador Federico II Stauffen, veremos que esa tierra, a la que todo el mundo ha dado en llamar, como un estribillo, «la católica Polonia», ha sido en realidad víctima constante —lo mismo que otra tierra «tradicionalmente» católica, la nuestra— del poder sin límites de los grandes grupos de presión de filiación católica: los caballeros teutónicos primero, los padres jesuitas después. Unos y otros,

cada cual en su momento, se encargaron de convertir la tierra polaca en feudo personal de poderes a la vez beatíficos y pecuniarios. Los teutónicos llegaron primero, confundiendo indiscriminadamente la conversión de los pueblos paganos del Báltico con el mesiánico pangermanismo de sus ideales heliocráticos. Trescientos años después, los jesuitas organizaron un estado-barrera contrarreformista, en el que el palo y el tentetieso aparecían —como ha sido corriente en estos casos de acción violenta del «brazo secular»— en las manos del rey Zygmunt Vasa y sus sucesores.

Metamorfosis larvada

Polonia, como todo pueblo que se precie, aceptó la catolicidad impuesta y, casi en contubernio con sus evangelizadores, la asumió, convirtiendo el hecho religioso impuesto a sangre y fuego en una cuestión de idiosincrasia racial. Y así, como en tantas otras tierras —la nuestra y nuestras Américas incluidas— se llamó cristiano y beatífico a cuanto se adoraba y bastó vestir de sayal y aureola a las arcanas fuerzas telúricas para hacerlas nuevamente aptas para el culto popular. La simbiosis era perfecta y el cristianismo, una simple transferencia obligada para acatar el omnímodo poder de las autoridades político-eclesiásticas.

Saltemos ahora por encima del tiempo; no nos limitemos a *ver*, miremos atentamente las imágenes y las noticias que nos van llegando en torno a los conflictos que dicen laborales de Polonia. Nos daremos cuenta de que, por encima de las opciones de opinión que se nos sirven a través de las agencias de prensa (todas, absolutamente todas convenientemente conducidas), subsisten unos hechos que conforman, aunque nos sean siempre convenientemente escamoteados, la profunda esencia del conflicto y sólo reclaman que sea estudiado su porqué.

Cabría preguntarse, ante todo, si es sólo una pura coincidencia que el estallido de los movimientos sindicalistas se haya producido al mismo tiempo que la proclamación sinodal de un papa polaco y a los poquísimos meses de la visita oficial —tolerada y hasta propiciada por el gobierno marxista del país— de ese papa a su patria, en calidad de máximo representante de la misma iglesia que movió los

hilos de la política polaca hasta los acuerdos de Yalta.

Pero cabría igualmente insistir en ese empeño —enfermizo— de mostrar una y otra vez a los presuntos líderes sindicales de Polonia saliendo de misa, charlando con el (ya difunto) cardenal Vichinsky o posando a los pies de la Santa Virgen de Chestojova. O hasta preguntarse el porqué de viajes italianos de líderes políticos cuya única finalidad, salvo error u omisión, parecía ser la entrevista con el papa polaco, entre incienso, sahumerios, rodillazos y declaraciones multitudinarias a los medios de comunicación. Tanta sotana, tanto capelo cardenalicio, tanta cruz patriarcal y tanto incienso presuntamente pío llevan a la sospecha —con perspectiva histórica, que para eso se las da uno de historiador— de que en Polonia no se solventan problemas de libertad sindical, tan propios de la sociedad industrializada del siglo xx o xxi (?), sino algo mucho más profundo, más grave, más peligroso y condicionante para el contexto político del mundo entero y del ser humano: Polonia está tratando de ser reconquistada desde dentro por el mismo grupo de presión que la dominó secularmente. Con el agravante de que, en esa lucha subterránea, la promoción inicial de todo el movimiento proviene —no de modo casual— de una personaliad que ostenta a la vez la nacionalidad polaca con todas sus consecuencias y el más alto cargo de un organismo que, de hecho, forma parte activa, lo quiera o no, del movimiento occidental de las grandes empresas multinacionales.

La tercera vía: la manipulación de la individualidad

Junto a los movimientos nacionalistas y las presuntas reivindicaciones sociales que afectan a la mayoría de los seres humanos en su aspecto colectivo, destaca, además —y veremos en su momento que destaca de modo esencial—, la necesidad visceral del hombre en cuanto a elegir su propio camino, el suyo en tanto que ente concreto y personal y al margen —en apariencia, al menos— de la colectividad.

Que el ser humano necesita de su propia superación, es algo que creo indiscutible, algo que nadie podría poner en duda aunque se opusiera a tal superación. Queda por dilucidar, primero, en qué consiste esa superación o, en muchos casos, en qué se nos quiere hacer creer que consiste.

La ciencia y, a su remolque, las religiones establecidas, reconocen que el hombre es un ente en evolución; una evolución que, según los más recientes descubrimientos, pudo comenzar, como tal fase *humana* de la vida, hace unos tres millones de años. Desde aquella fecha tan incierta hasta el descubrimiento —cronológico— de la existencia del *Homo Sapiens*, hay toda una gradación evolutiva que se aprecia tanto en el tamaño y consistencia de los restos óseos como en la capacidad craneana. Una gradación que, en líneas generales, va desde la identificación del ente humano con cualquier mamífero superior hasta el reconocimiento, probado por los hallazgos, de una especial inteligencia que le hace servir con eficacia de determinados instrumentos que suplen su inferioridad física y, por otro lado, de un sentido de la trascendencia que le lleva a formas de culto progresivamente evolucionadas.

El ser humano, desde estas coordenadas de capacidad, se establece como dueño y señor de *su mundo* circundante en tanto se hace *capaz de*. Y, en esa capacidad, hay implícita toda una gama de posibilidades que va desde la más primitiva de alcanzar una presa a distancia mediante un instrumento arrojadizo, hasta el descubrimiento de la fisión nuclear o de la informática. Pero, al mismo tiempo, tal ente humano se reconoce incapaz de comprender y dominar todo un núcleo de fenómenos que, si resulta cierto que se han ido reduciendo a lo largo del tiempo, mantiene en todo momento una parte de secreto y le hace entender que sólo logrará penetrar en su realidad mediante pasos sucesivos de la evolución. (Curiosamente, si en el aspecto puramente tecnológico el ser humano lucha codo con codo por el progreso material, en aquello que atañe a su real y auténtica evolución interna actúa a niveles de individuo. Y sus congéneres le sirven únicamente de peñaes espirituales para tratar de izarse por encima de ellos, en un afán individualista de alcanzar grados progresivamente superiores de evolución o de conocimiento que le permitan *saber* lo que los demás ignoran y, por lo tanto, ejercer sobre ellos un tipo cualquiera de preponderancia, de poder).

El asalto de los niveles de conciencia

Lógicamente, no se trata —todavía— de analizar el valor real de este deseo del hombre por ejercer su derecho inaliena-

ble a la evolución, sino de constatar que, a lo largo de la historia, la humanidad se ha valido de muchos medios para intentar la superación de su nivel evolutivo. Y no se trata tampoco de justificar o condenar unos hechos o unos determinados métodos, sino de la pura y simplísima constatación de que, ante ese deseo y ante su impotencia fundamental para acelerarlo y cumplirlo, el hombre ha venido utilizando sistemáticamente ciertos *estímulos* que le han puesto en contacto con esos niveles ansiados de conciencia, o con estados que le han hecho creer que se encontraba inmerso en ellos.

En los últimos tiempos, ante un rechazo más o menos consciente de los niveles tecnológicos alcanzados por los países llamados desarrollados, una parte de la humanidad —nunca mayoritaria, pero ya masiva y muy característica de la sociedad postindustrial en que vivimos— se ha lanzado a la experiencia directa de esa búsqueda, en parte como escape inconsciente del mundo alienante que nos rodea, en parte también como rechazo de la esclavitud de la máquina y como intento alucinado de una vuelta del hombre a su capacidad de decidir el propio destino. Sin embargo, la misma impotencia en que la tecnología secular nos ha sumido en cuanto a nuestras posibilidades de actuar sobre la conciencia —o sobre la evolución *real* de esa conciencia— ha conducido a ciertos niveles de caos espiritual, que se traducen en una larguísima sucesión de estados aberrantes y de actitudes en las que esa misma sobrevaloración alucinada de los derechos pretendidamente individuales conduce a una esencial carencia del auténtico sentido de la solidaridad humana. Es un *sálvese quien-pueda* en medio de un cósmico y desolador caiga-quien-caiga.

De nuevo los tentáculos de la manipulación

La cadena es larguísima, mucho más larga de lo que podemos imaginar. El último eslabón, al parecer, es el clima de violencia y de delito que afecta en términos generales al mundo desarrollado y, muy en especial —no olvidemos alocadamente la sutil diferencia—, a esos países que llamamos democráticos por simple eufemismo del lenguaje. Naturalmente, si profundizamos un poco —no demasiado, sólo a niveles de ciudadano medio tirando a bajo—, comprobaremos

que el porcentaje de actos delictivos en esta situación hay que asociarlos, por un lado, al paro obrero, pero muy especialmente a la proliferación del consumo de esas drogas que ponen a quienes las utilizan en específicos estados límite de conciencia.

Repito que no voy a hablar aquí de los efectos pseudotrascendentes de la droga, sino del hecho —ya expuesto— del fin primero por el que determinados seres humanos la solicitan y, sobre todo, de una constatación: la de su *dependencia*, tanto física como psíquica (nótese que, en este contexto, no entra para nada, al menos a mi modo de ver, una dependencia espiritual).

Pero fijémonos, a modo de ejemplo y por lo que en esta parte nos interesa advertir, en que tal dependencia es exactamente del mismo tipo en las drogas que se prohíben como en aquellas otras que están perfectamente autorizadas y hasta legalizadas por los distintos gobiernos. La misma dependencia produce la heroína, pongo por caso, que el alcohol en un alcohólico o que la nicotina en un fumador empedernido. Sin embargo, hay una diferencia fundamental entre unas y otras: las drogas autorizadas pueden adquirirse a precios relativamente módicos y están controladas oficialmente por impuestos de los estados, que proporcionan pingües beneficios al erario público, mientras que las prohibidas son caras (y hasta carísimas), están absolutamente incontroladas y, en lugar de producir beneficios a los estados, los proporcionan a unas superestructuras que, manteniéndose en la ilegalidad internacional, y precisamente por ello, no tienen que dar cuentas oficiales a ningún gobierno. De todo lo cual se deduce que el negocio de la droga prohibida, en razón de su dependencia, es absolutamente redondo, y que la única diferencia sustancial entre las fomentadas y las oficialmente prohibidas consiste en la entidad a la que irán a parar en última instancia los beneficios. (Como recuerdo histórico, pensemos en lo que sucedió en su tiempo con la Ley Seca americana. La prohibición oficial de bebidas alcohólicas produjo, en poquísimo tiempo, más beneficios a la Honorable Sociedad que los que el gobierno de los Estados Unidos obtuvo por el control de esas mismas bebidas cuando fueron nuevamente autorizadas en el país.)

Un negocio que no sólo da oro

Tendemos a creer —e incluso, a menudo, parece como si existiera un especial empeño en que cayéramos en esa creencia— que el gran negocio de las drogas es anárquico, que los beneficiarios son los cuatro «camellos» que caza la brigada en los aeropuertos y una docena más que aún atraviesan impunemente las fronteras. Y no alcanzamos a captar que el asunto supera con creces los límites del negocio inmediato y que esa llamada «red internacional» con la que nos llenan los oídos es más que una inversión fabulosa y libre de impuestos. En primer lugar, porque esa inversión es mucho más política —y, sobre todo, ideológica— que económica. Además, porque, al menos en un sentido amplio y ajeno a la semántica usual, no está libre de impuestos.

No hace mucho tiempo, se filtró la noticia de que uno de los más próximos golpes de estado militares que tuvo lugar en Latinoamérica estaba encabezado por los propietarios de las más importantes plantaciones de droga del país. Un reciente reportaje, por su parte, acusaba al expresidente de Francia, Valéry Giscard d'Estaing, de haber tenido mucho que ver en los negocios de exportación y difusión de droga procedente de Extremo Oriente en la época colonial. Se trata apenas de un par de ejemplos aislados frente a otros muchos que nadie se atreve a mentar. Pero son dos ejemplos que, a poco que meditemos, muestran la doble cara del problema, con la oculta mucho más inquietante que la simple y pura desazón que produce la difusión indiscriminada de cualquier tipo de estupefaciente.

Pensemos así, a bote pronto, ¿de qué puede valerse *cualquier* poder autárquico para ejercer su dominio absoluto sobre los seres humanos que le han tocado en el juego político de las fronteras? Sin duda alguna, de la dependencia absoluta de los individuos que componen el conjunto del pueblo y de una supuesta —sólo supuesta— restitución de un *orden* previamente deteriorado. ¿Y de qué mejor modo de deterioro puede servirse ese poder que el sometimiento de un número creciente de ciudadanos a una dependencia que, por un lado, es proclamada (por ellos) como *liberación*, y por otro conduce a la inquietud y a la inseguridad visceral de todos los demás, por la constante acción violenta de los supuestos liberados sobre sus vidas y sus haciendas?

La manipulación, en estos casos, consiste en un deterioro visceral de los conceptos. Porque nadie odiará más la palabra *libertad* que aquel que esté convencido de que significa sinónimo de violencia. Y nadie se inclinará más al deterioro semántico del vocablo *orden* que aquel a quien convengan de que tal orden le permitirá transitar tranquilamente por la calle, cuando lo único cierto y perogrullesco es que sólo con libertad (en su auténtico sentido) y con una conciencia de la propia responsabilidad individual —ésa que se nos quiere arrebatar— puede el ser humano acceder a su propia evolución, tanto personal como colectiva.

Un lento proceso de dependencia

Creo que, al menos a niveles de sospecha, este bombardeo de estímulos manipuladores se encuentra inconscientemente plasmado en la mente del ser humano, aunque trate de no reconocerlo y aunque, de hecho, se ejerza una presión constante para que no lo capte más que a niveles subliminales instintivos. Tal vez por eso he querido sacarlo aquí a flote, porque pienso que sólo comprendiendo conscientemente y sin tapujos la dependencia a que se nos somete cada día podremos formarnos una idea de cómo afrontarla y de cómo recuperar, si aún es tiempo, nuestro papel de seres racionales dispuestos a asumir la evolución a la que nuestra naturaleza nos da derecho.

Hablábamos antes de la larga historia del género humano y de la lenta, lentísima evolución sufrida desde hace tres inmensos millones de años. Curiosamente, esa evolución se fue deteniendo o, al menos, se hizo desesperadamente lenta (y me refiero, naturalmente, a niveles mentales y espirituales, no al progreso tecnológico), a medida que el ser humano fue adquiriendo conocimientos que le facilitaban la subsistencia, que le hacían progresivamente cómodo el trabajo, le menguaban el esfuerzo y le distraían la atención. Más curiosamente aún, se da el caso, cuando estudiamos el gran proceso histórico de la humanidad y —sobre todo— cuando estudiamos esos mitos que constituyen la más sorprendente fuente de recuerdos que posee la mente colectiva del hombre, de que esos adelantos técnicos, esos descubrimientos «mecánicos» —la navegación, la rueda, la palanca, el arte de volar— le fueron *entregados* al

ser humano en épocas oscuras y olvidadas por entidades a las que se quiso dar el calificativo de dioses, porque actuaban desde planos superiores al nivel medio de las conciencias capaces de captarlas o de recoger sus indicaciones.

Por supuesto, no es mi intención aplicar aquí una naturaleza divina —ni, por supuesto, extraterrestre o galáctica, como hoy parece estar en boga— a esos llamados dioses o presuntos maestros de la vieja humanidad. Sólo quiero llamar la atención sobre la circunstancia de que esa divinización ha de deberse, por necesidad, a la naturaleza esencialmente ignorada de las entidades que proporcionaban al hombre sus adelantos técnicos. Y que, al mismo tiempo que se los proporcionaban, lo sumían en una radical incompreensión de los porqués y los cómo y le hacían depender esencialmente del «regalo» que se les ofrendaba.

El camino seguro hacia la regresión

Hoy, el ser humano ha dejado ya de luchar contra la manipulación de que es objeto. Me refiero, fundamentalmente, al hombre que forma parte del mundo industrializado de Occidente, porque ya tendremos ocasión de ver y de analizar otras formas de enfrentar el entorno en distintas culturas y en otros contextos espirituales. Este hombre nuestro de la civilización tecnocrática se ha habituado ya a ser llevado y traído por donde quieren los grupos de presión (tanto los conocidos como los ocultos) y ha asumido esa esclavitud a que le somete la técnica como una necesidad imprescindible. Ya hemos tenido ocasión de verlo cuando comentábamos, páginas atrás, ese complejo de fracaso que se nos imbuye cuando no accedemos a la última novedad caprichosa de la técnica, siempre planteada como adelanto, como ayuda imprescindible o como una comodidad progresiva. Ya no nos conformamos con vivir pendientes del televisor: *necesitamos* el mando a distancia que nos libraré de molestarnos esos tres pasos que se necesitan para alcanzarlo y cambiar el canal. No nos basta el automóvil: *nos es imprescindible* cada supuesta mejora que se introduce en un nuevo modelo. No queremos sólo ignorar las operaciones matemáticas mentales: *nos urge* que la maquinita tenga por nosotros la memoria de lo que sin duda habremos de olvidar por falta de entrenamiento mental.

En dos años escasos, un complicadísimo sistema de almacenamiento de datos queda anticuado y es superado por otro que hay que adquirir, so pena de que la competencia lo adquiera antes y tome la delantera de su perfeccionamiento. La prensa escrita está a punto de desaparecer. Estamos abocados, a corto plazo, al más espectacular analfabetismo, del mismo modo que ya, de hecho, hemos perdido la capacidad de calcular.

Cada paso supuestamente adelante de la técnica, de la política o hasta de las formas presuntamente religiosas se convierte, por un lado, en factor inmediato de utilización precisa, de consumo necesario; pero, por otro, también en elemento parcelador implacable de nuestro conocimiento, en tanto que se nos hace progresivamente imprescindible una dedicación particular, una *especialización* que, sea del género que sea, nos aparta cada vez más de esa visión total de lo circundante, que nos debería ser fundamental para la comprensión de la realidad y nuestra identificación con ella.

Los más remotos resistentes

Uno piensa si siempre habrá sido así en la historia de la Humanidad. Si siempre y sin excepción, el ser humano se habrá dejado conducir como una marioneta mansa por los terrenos que las fuerzas de presión le han marcado, encaramándose por los laberintos de la técnica y abandonando definitivamente el ejercicio de sus propias posibilidades evolutivas, tanto psíquicas como mentales y espirituales. Sin embargo, de vez en cuando surgen determinados misterios del pasado cuya falta (aparente) de lógica racional puede ponerlos en guardia respecto a su significado.

Es en muchos aspectos ejemplar el caso de las civilizaciones andinas anteriores a la conquista. Como todos pueden comprobar en tantos libros como se han difundido sobre ellas, las tierras montañosas y el altiplano fueron surcados por impresionantes caminos que comunicaban entre sí ciudades, fortalezas y centros culturales, en una tarea titánica sólo comparable a la de la increíble red viaria del viejo continente europeo establecida por Roma. Con una diferencia notable: en las culturas andinas no se utilizaba la rueda como medio de transporte o de desplazamiento. Sin embargo, esa misma

rueda, con sus exactas funciones, sí se ha encontrado en los juguetes infantiles de aquel imperio que los arqueólogos han sacado a la luz.

A mi modo de ver, no cabe dar a este enigma del pasado la respuesta simplista de que los incas, o los chimús o los nazca supieran de la existencia de un mecanismo como la rueda, pero ignorasen sus posibilidades de utilización práctica. Una conclusión así no tiene base racional alguna, aunque se haya formulado desde las perspectivas del más estricto racionalismo científico.

Por el contrario, creo que hay otra explicación posible: tendríamos que plantearnos el no uso del instrumento rueda como *prohibición* tal vez dogmática, mediante la cual los encargados del culto —fuerza o grupo de presión, a pesar de todo— proclamasen aquel elemento mecánico como símbolo religioso *intocable*. En cierto modo, una imposición de este tipo sería paralela a la que impone a los hinduistas la sacralización de sus bóvidos, los cuales (ante la incompreensión supina del occidental que contempla el espectáculo de las vacas sagradas corroteando libremente por las calles) siguen siendo intocable elemento de culto, mientras tan a menudo el pueblo muere de hambre por falta de un alimento que podría tener al alcance de la mano.

Los malditos herreros

Siñ necesidad de trasladarnos a otras tierras, tenemos en la historia de Europa un caso paralelo: el de los herreros de los tiempos rēmotos, considerados como seres malditos y condenados a instalar sus ferrerías lejos de los núcleos de población. En el valle de Somiedo, en Asturias, corría hasta hace bien poco la tradición de que, en los lagos que coronan los confines del valle, habitaban genios malignos dedicados a la forja, que atacaban y aniquilaban a quienes se atrevían a acercarse por sus dominios. Es significativo que hoy, precisamente en aquellos parajes, no sólo se encuentren viejos restos de herrerías, sino que recientemente, en la misma área de los lagos, se descubriese un rico filón de mineral de hierro que, puesto en explotación industrial, arruinó en poco tiempo el idílico y solitario paisaje y la pureza de alguno de sus lagos, que hoy aparece teñido por las piritas.

La maldición sobre los herreros fue, durante siglos, objeto de mitos y de cantares. Mimir, el enano de los cantares germánicos, era herrero y forjó la espada con la que el héroe Sigurd venció al dragón Fafnir, con cuya sangre se bañó y aprendió el lenguaje de los pájaros. De vaqueiros asturianos y de agotes navarros, pueblos tradicionalmente marginados, se dijo que se dedicaron a la forja en tiempos remotos. Y eso mismo se contaba de los maragatos leoneses, en cuyas tierras montañosas, como en las de agotes y vaqueiros, se encuentran las mejores muestras de las herrerías medievales de toda la Península Ibérica.

Es curiosa y nada casual esa atribución del arte del hierro a pueblos y hombres considerados como malditos a lo largo del tiempo, sobre todo si nos planteamos que la industria de los metales supone uno de los pasos fundamentales de la tecnología. Si pensamos que desde todos los ángulos del progreso material, el dominio industrial y económico sobre el arte del metal es fuente de poder y de fuerza, origen de ese mundo del que nosotros constituimos la última consecuencia, con toda la carga de dependencias que caen sobre nuestras espaldas, no podemos dejar pasar por alto este fenómeno.

¿Cabría pensar en un estadio más o menos desconocido de esa historia fundamentalmente oculta, en el cual hubo seres humanos que presintieron lúcidamente la esclavitud tecnológica que se avecinaba a largo plazo y que trataron de conservar en el ser humano el uso de su integridad como ente en total evolución? Por desgracia, ya resulta difícil que lleguemos a conocer algún día esa realidad improbable. Milenios enteros de dependencia nos han borrado de la mente incluso la sospecha de que pudiera haber existido una vía por la que el hombre se hubiera desarrollado conforme le demandaba su propia naturaleza. Hoy es tarde. La vuelta atrás, imposible. Algo nos ha hecho definitivamente esclavos de nuestro propio progreso. Y sólo cabe pensar o intuir, o sospechar, que no toda la culpa es del hombre mismo, sino que hubo —y sigue habiendo— fuerzas que le mantienen atrapado en las coordenadas insalvables de la dependencia. Hoy, nuestra labor debería consistir en el descubrimiento de esas fuerzas, en sacarlas a la luz y en dar cuenta de su naturaleza y de sus más recónditas intenciones.

4

La mente de Gregg el Bueno

Los mesías de la tecnología

«En olor de multitud, llevando bajo el brazo los poliglóticos ejemplares de un libro que se ha publicado simultáneamente en 17 idiomas —¿o han sido 34?, las cifras me bailan en la mente— un francés «agresivo» de 55 años, fundador de partidos y de revistas, ex ministro y ex diputado gaullista y, sobre todas las cosas, radical integrista de la realidad tecnológica de nuestro mundo y conservador a ultranza de los valores políticos de eso que hemos dado en llamar Progreso con mayúscula, hizo su aparición en el escenario multitudinario de la crisis nuestra de cada día —ya saben ustedes, petróleo, tercermundismo, energía, consumismo, industrialización, relaciones internacionales, apocalipsis histórico— para proclamarse portador y mesías teórico de la solución que habrá de salvar a esta civilización que se nos deshace entre los dedos.»

Los medios de comunicación acogieron *El desafío mundial* y a Jean-Jacques Servan-Schreiber como una esperanza. ¿Qué digo esperanza? ¡La Esperanza! La prensa más al día y esa televisión que intenta vanamente emerger a los problemas actuales con la mente puesta en la permanencia de los viejos y

buenos valores de Occidente se lanzaron a resumir, a preguntar, a glosar y a encender la mecha de los fuegos de artificio de ese futuro que, al parecer, sí tiene salvación. Y Jean-Jacques —Servan-Schreiber, repito; todo parecido con el otro (Rousseau) se limita al nombre y al idioma materno— respondió, pontificó, sacó de su bolsillo (tantas veces como había una cámara cerca) su microprocesador de silicio, y lanzó a troche y moche su Sermón del Monte de la nueva era.

Progreso y trabajo para todos

Que el mundo está metido en una crisis, es un hecho que ya nadie creo que tuviera la desfachatez de dudar. Que esa crisis —al menos *exotéricamente*— viene producida por la circunstancia de que las materias primas imprescindibles para el mantenimiento del crecimiento industrial de los países desarrollados están localizadas en territorios que forman parte del llamado Tercer Mundo, es una realidad que se detecta en los manuales de geografía económica. Que —en apariencia— esos países tercermundistas pueden dar al traste con el ideal evolucionista de Occidente y convertir a los países desarrollados en un caos de paro, de miseria y de futuro incierto, es un temor que aflora como visión apocalíptica en las declaraciones de los gobiernos, lo mismo que en las reuniones de los consejeros.

Sin embargo —hecho curioso que no parece extrañar a nadie y que está a la vista de todos—, estas circunstancias que, naturalmente, no propician el progreso lógico de los países occidentales, tampoco parecen colaborar realmente en la transformación de las tierras del Tercer Mundo. Una cosa es la acumulación de riquezas monetarias (lo que se ha venido en llamar los petrodólares) y otra el uso que se hace de esa riqueza. Aparte intentos aún en mantillas, como el Kuwait Found for Arab Development, las becas millonarias a unos pocos universitarios y algunas cantidades destinadas a la compra de bienes de consumo, los ríos de millones que fluyen en las arcas estatales de los países productores de materias primas fundamentales (y, sobre todo, de petróleo) parecen destinados, en su mayor parte, a engrosar hasta el reventón las arcas particulares o usufructuadas de jeques, emires, príncipes y familiares privilegiados de unos pocos magnates, sin

que el ciudadano de a pie —o de a camello— pueda hacer uso de los beneficios que, teóricamente al menos, tendrían que proporcionarle esos ingresos en los que los ceros bailan como planetas locos en el universo de las estadísticas económicas.

Paro, hambre y subdesarrollo parecen, pues, la perspectiva uniforme a la que se ve condenado en el inmediato futuro un sector mayoritario y masivo de la humanidad de los tres mundos, a no ser que, como anuncian los nuevos mesías, se sitúe en primera fila de los criterios de inversión el «desarrollo del hombre», lo que proporcionará una vida paradisiaca al género humano y, a no dudarlo, progreso y trabajo para todos. Sólo que... ¿cómo se plantean, en estos parámetros desafiantes, los conceptos de progreso y de trabajo?

La panacea de los microprocesadores

Servan-Schreiber ofrece al lector de su libro una vuelta —charter mental pagado— a la comarca japonesa de Aichi, donde se asienta la que hoy es, ya, la fábrica de automóviles más importante del mundo: la Toyota. Nos describe con todo lujo de detalles las ocho factorías y nos demuestra que son el modelo viviente del ideal tecnológico para el mundo de los próximos años: la fábrica sin obreros, la industria totalmente automatizada, robotizada. Las computadoras realizan prácticamente todo el trabajo que hasta ahora era competencia de los seres humanos: montan, atornillan, acoplan, controlan, pulen, vigilan, pintan, secan, prueban y dan el visto bueno inamovible al producto terminado y listo para lanzar al mercado.

Pero —¡oh sorpresa para incautos e ingenuos!— que nadie piense que la automatización total ha dejado en la calle a uno solo de las decenas de miles de obreros que antes realizaban esas tareas que ahora llevan a cabo los robots. «Una fábrica sin obreros no quiere decir una fábrica sin hombres», viene a proclamar el mesías de la era de Acuario. Los antiguos obreros son reciclados; se les mete en escuelas de aprendizaje y en institutos de formación especial y se les transforma para que, a fin de cuentas, preparen sus cerebros para realizar —y mejorar— la labor que antes realizaban sus manos y sus ojos, su cuerpo y sus músculos. Ahora, al parecer —y yo no dudo de que sea muy cierto—, ganan más, trabajan menos y abren camino para que las generaciones inmediatas y los que hasta

ahora han sido los «condenados de la tierra» (1.º, 2.º y Tercer Mundo) alcancen el nivel de vida ideal que va a permitir, sin duda, que todos puedan tener crédito para adquirir —por ejemplo— la producción de automóviles que Toyota construirá en sus robotizadas factorías de Aichi. Con lo cual, como es lógico y nadie podría dudar nunca, la tierra entera abocará a una era de hombres felices, comedores pertinaces de perdices y fundamentalmente consumidores masivos de todo ese progreso tecnológico casi divino (yo creo que podría suprimir sin más el *casi*), que ha convertido al ser humano —o va a convertirle de inmediato— en adorador incondicional e inapelable de la computadora, en catecúmeno de la tarjeta de plástico, en transformador de oraciones que ya no rezarán: «Padre nuestro que estás en los cielos», sino «crédito mío que estás en los bancos».

Diz que el futuro ha comenzado

Cifras cantan en las páginas desafiantes de las biblias de los nuevos mesías: ya hay 60.000 robots funcionando en el mundo; de ellos 47.000 en el Japón, 3.200 en los Estados Unidos, 6.000 en Alemania Occidental, 600 en Suecia, 300 en Francia, 180 en Gran Bretaña, más un centenar en otros países industrializados. Y todo ese cúmulo de circuitos computados significa, por un lado, el germen de una nueva energía cuya base molecular es el silicio y cuya base intelectual es el cerebro humano (al menos por el momento). Por otro lado —y todavía sigo exponiendo la idea de Servan-Schreiber— esos microprocesadores significan la necesaria compensación y el ofrecimiento que el mundo industrializado puede hacer al Tercer Mundo como equilibrio que *pague* (en términos de desarrollo económico) las materias primas que continúan en poder de los pueblos hoy subdesarrollados. Se trata, pues, de actuar en todo el ámbito planetario *fabricando* hombres nuevos, familiarizados casi desde su nacimiento mismo con la tecnología y con las posibilidades que brindan los microprocesadores, para crear en toda la tierra una sociedad capaz de utilizar este nuevo y por el momento definitivo tipo de energía industrial que se está ofreciendo, la única con capacidad de acción suficiente para «liberar definitivamente al ser humano» de la lacra del tercermundismo, una lacra que habrá

de desaparecer en cuanto puedan llevarse a cabo, a nivel de gobiernos (y de multinacionales, tengo que añadir por mi parte), los planes necesarios de *adaptación cerebral* que hoy todavía parecen estar en fase de pura experimentación.

En su periplo en pos de ese futuro que se nos está creando, Servan-Schreiber conduce finalmente al lector hasta un lugar denominado *Computer Camp*, una aparentemente inocua colonia de vacaciones típicamente americana para niños de 10 a 15 años, situada en un valle al norte de Santa Bárbara, en California. Allí, los muchachos nadan, practican *artes marciales* japonesas y una especie de *yoga* a la americana y reciben tres horas diarias de clase. El resto del tiempo, durante el período de dos semanas que duran los cursos, tienen a su disposición computadoras Apple II y Texas 99/4 en vez de exincastillos, meccanos, geypermanes o balones. Y se les deja hacer con ellas prácticamente lo que quieren, después de haberseles enseñado los rudimentos de su funcionamiento y los principios de su técnica. Hay niños que inventan melodías electrónicas, otros que descubren juegos con los que asustar a las amistades de sus padres. Denison Bollay, el director del centro, vigila, ayuda cuando se lo piden y plantea problemas como si propusiera juegos. Según él, frente a esta revolución tecnológica que se avecina sólo hay dos alternativas: controlarla o dejarse controlar por ella. Y dice de sus pupilos: «Son nuestros dirigentes del mañana. *Tenemos todo el interés en ponerlos en el bando de los buenos. Es más seguro para el porvenir...*» Al parecer, ha dicho eso señalando con el dedo a Gregg, un muchachito regordete que ha logrado descifrar un programa complicadísimo y reconstruirlo después.

Con los dedos pillados

He subrayado conscientemente la frase que se le escapó al maestro de *Computer Camp* y que, a no dudarlo, Servan-Schreiber colocó en su libro como llamada de atención subliminal a sus lectores —y no a la masa de las 17 o 34 ediciones, sino a las élites a las que sirve y de las que pretende servirse como mentor mesiánico—, porque creo que en ella se encuentra la clave de todo un mundo de intenciones y esperanzas concebido —quién sabe si también electrónicamente— por un sector dominante de la vida planetaria que prepara el futuro

de la humanidad entera (tercermundismos incluidos), con arreglo a las coordenadas de dominio y de manipulación sobre las que se ha creado la existencia racionalizada y tecnológica de nuestro estricto instante cultural.

No es ningún secreto —aunque se nos haya querido escamotear la verdad demasiado a menudo— que el ser humano, desde el instante mismo en que se instituye culturalmente en sociedad jerarquizada, se somete a la obediencia y a la manipulación. Deja de ser libre de elegir su propio destino y adapta su existencia a las presuntas conveniencias de un conjunto social que sólo se supone viable si son aceptados los principios religiosos o políticos que emanan del poder establecido. (Y querría hacer ver, en este sentido, que dejo deliberadamente de citar palabras como *convivencia* y *solidaridad*, porque, aunque su sentido ha sufrido ya fuertes deterioros en su semántica actual, tienen aún para mí un valor fundamental que no querría degradar en modo alguno uniéndolas a la palabrería manipuladora al uso. Me gustaría que, en lo posible, tratásemos todos de devolverle al lenguaje sus significados originarios, precisamente porque uno de los modos más sutiles de conspiración que ha sufrido la libertad humana ha sido el constante atentado contra lo que *verdaderamente* significa y representa cada término.) El secreto —si es que de secreto puede hablarse— estriba en la concienciación del ser humano respecto a saber con certeza con qué tipo de fuerza manipuladora se ha de enfrentar y hasta qué límites de conciencia puede aceptar tal manipulación.

Entendámonos: todos estamos mentalizados para la aceptación de determinados poderes que se manifiestan bajo la forma de gobiernos del más diverso cariz o bien bajo el aspecto de fuerzas espirituales o religiosas distribuidoras de salvaciones y de condenas que afectan directamente a la presunta trascendencia, del mismo modo que los gobiernos y sus acciones afectan a la subsistencia, a la libertad de expresión y hasta al progreso material relativo. Donde comienza a fallarnos esa mentalización es en el momento de plantearnos si hay acaso un determinado número de potencias supragubernamentales, macroeconómicas y hasta metaespirituales que, formando a su vez parte de una entidad colectiva única y planetaria, dominan la vida del género humano desde planos anímicos, biológicos, económicos, sociales, tecnológicos y políticos, moviendo los hilos de la conciencia colectiva de la

humanidad y jugando con esa conciencia de tal modo que, desde la semántica a la supervivencia puramente material, todo cuanto afecta al hombre y a sus relaciones con los demás esté controlado estrictamente, atado hasta sus cabos más sutiles, manejado sin que queden libres de esa voluntad superior nada más que pequeñas verrugas socioculturales que malamente podrían resistir al estricto control de la gran máquina detentadora del máximo poder.

OPEP versus microprocesador

El cebo que la civilización tecnológica puede colocar, cuidadosa y glotonamente, al alcance del olfato de ese mundo súbitamente hinchado de dineros gracias al descubrimiento real del valor de sus materias primas, es el *desarrollo de su potencial humano*. Pero entendámonos bien: se trata de un desarrollo contemplado desde la perspectiva de una determinada civilización, la creadora de la era industrial de occidente, de las sociedades anónimas, de los superbanco y de las multinacionales. Una civilización que ha basado los principios y los fines de su existencia en la tapadera de un bienestar *material* del hombre y que ha contemplado los distintos modos culturales planetarios desde las coordenadas de su propia y exclusiva función, de tal modo que ha dividido limpiamente el mundo en parcelas estancas, según el grado de desarrollo (económico y técnico, se entiende) que ha logrado introducir y el grado de dominio que ha conseguido imponer.

Pero de pronto, por una serie de circunstancias que todo el mundo conoce gracias a la información —lógicamente también manipulada— que se le suministra, los países de los que se extrae la mayor parte del petróleo, subdesarrollados todos ellos, «se dan cuenta», al parecer, de su propia fuerza natural y de cómo pueden hacer uso de ella para igualarse a los países llamados desarrollados, hundiéndoles parcialmente los esquemas económicos al tiempo que elevan su propia potencia con subidas periódicas y constantes del precio de sus crudos.

Curiosamente —lo veíamos antes—, ese dinero superabundante en el que se bañan los países productores y exportadores de petróleo resulta ser una especie de inmenso depósito bancario sin rendimiento eficaz, sin un movimiento económico que vaya más allá de un par de fundaciones culturales

o prospectoras y unas cuantas cuentas particulares que sólo sirven, al parecer, para juergas y lujos y posesiones —en España sabemos un poco de eso— de jeques y magnates.

Curiosamente también, esos precios disparados periódicamente permiten, al mismo tiempo, que otras prospecciones situadas en el mundo occidental y que anteriormente se abandonaron por no rentables, comiencen a ser explotadas con garantías firmes de rentabilidad.

Más curiosamente todavía, las propuestas de ayuda masiva para la puesta a punto de ese Tercer Mundo considerado como subdesarrollado parten de países y de estamentos que están siendo presuntamente perjudicados por el despertar de la conciencia de poder en los territorios poseedores de las materias primas fundamentales. Y esta ayuda propuesta consiste en proporcionar a ese Tercer Mundo el aprendizaje y la utilización de la quintaesencia de la tecnología occidental: el microprocesador. (Y aquí debo pedir perdón porque, deliberadamente, he englobado en ese mundo occidental a un país tan esencialmente distinto como es Japón, pero tendremos ocasión de analizar su caso, mucho más complejo de lo que en una primera visión puede parecernos y, por supuesto, exponente diáfano, a mi modo de ver al menos, de una situación *espiritual* ante la cual Occidente sí puede ver efectivamente tambalearse sus estructuras. Creo incluso que el hecho mismo de que Servan-Schreiber englobe limpiamente a Japón en ese mundo es una muestra de su necesidad de integrarlo, incluso ideológicamente, en las estructuras de macrogobierno —o de poder oculto, si queremos decirlo con más propiedad— que rigen realmente en los países del mundo occidental.)

Escuela de párvulos

Bastaría repasar con ojo crítico los libros de texto que rigen en las escuelas de todo el mundo para comprobar que eso que hemos dado en llamar educación es únicamente una concienciación constante e imparabile, que tiende a condicionar a los futuros ciudadanos para la aceptación tácita de las normas que marcan la continuidad del status social decidido desde las más altas esferas de poder de nuestro mundo. La obediencia, el respeto, la confianza ciega en quienes presuntamente están en posesión inequívoca de la verdad, suponen una estabilización indefinida de los niveles de poder. Desde la

escuela primaria, el niño aprende hechos prefabricados y razones que están concebidas previamente para justificar y supervalorar tales hechos. Cada cual, desde la más tierna infancia, aprende que el progreso (que es «el estado ideal del hombre») estriba en la ambición y en el poder, más que en el conocer. En último extremo, se graba en las mentes blandas de los niños que el conocimiento es necesario, pero solamente un camino para alcanzar el deseado poder.

Como consecuencia, se ha creado —y de modo más firme de lo que podríamos imaginar— una estructura social en la que funciona fundamentalmente el triple escalón conocimiento-poder económico-consumo; dicho en otras palabras, se fomenta un determinado tipo de conocimientos con los cuales se alcanzará un progreso en la escala social, progreso que habrá de manifestarse en la capacidad de consumo del individuo. Fijémonos en que en ninguna de esas premisas se tiene en cuenta ni se fomenta —antes bien, muy al contrario, se anula— la necesidad interna y natural del ser humano de encontrarse consigo mismo y con su función real en el mundo. Se aprende y se enseña, más o menos claramente, que ese ser humano no vale por lo que es, sino por lo que posee o por lo que potencialmente puede llegar a poseer. La posesión se consigue por una capacidad adquisitiva. Por la capacidad de consumo.

¿Y quién puede salir realmente beneficiado en último extremo por esa capacidad adquisitiva que tiene como consecuencia lógica el consumismo? Por supuesto, no espero que nadie llegue a creer que será aquel que posee esa capacidad de consumo, sino, mucho más allá de eso, beneficiarias serán SIEMPRE las entidades que están dedicadas a proporcionar en gran escala la tecnología que permita que ese consumo pueda realizarse.

Traslademos estas premisas a la inmensa escuela primaria de la nueva era. ¿Quién saldría realmente beneficiado de ese presunto desarrollo del potencial humano previsto por la enseñanza y la utilización de la informática? ¿Quién ganaría en esa quema de etapas tecnológicas que habría de significar el salto del Tercer Mundo por encima de una era industrial que ya está caducada para Occidente? ¿No significaría acaso la expansión, a niveles planetarios, de la mentalización hacia estratos de consumismo absolutamente necesarios para mantener los mismos centros de poder que ahora nos rigen y que el Tercer Mundo está ahora también en condiciones de anular?

Las palabras del maestro del *Computer Camp* adquieren, en este sentido, todo el valor *religioso* —auténticamente religioso, lo repito aposta— de un dogma en el que se especifica, sin lugar a dudas ni controversias, dónde radica *lo bueno* y *lo malo*. Naturalmente, lo bueno es la posibilidad de mantener e incrementar la religión del consumismo, de la «jerarquía sacro-económica», del fin del ser humano en tanto que integrante convencido —creyente— de esa escala de valores cimentada hacia el utilitarismo. Lo malo, por el contrario, será la vuelta de espaldas a ese progreso, la negación tácita del éxito como fin, la incredulidad ante el supuesto valor supremo del consumo.

En este sentido, espero que no caigamos en la tentación de suponer que tal sacralización de los valores económicos es una pura deformación mental. Forma parte integrante de un sector muy determinado del inconsciente colectivo que, voluntaria o involuntariamente, emerge a cada paso en ese contexto que hemos dado en llamar —y no aquí, sino en la vida corriente— religioso o divino, o sagrado al menos. Para mí, que no creo en absoluto en la aparición de la Era Industrial como fenómeno súbito y desarraigado de la continuidad histórica humana, no es un hecho casual tampoco que Ignacio de Loyola instituyera la Compañía de Jesús como una moderna Sociedad Anónima (recordemos que su nombre latino-eclesial es el de *Societas Jesus*, la que ha hecho posible las siglas S. J. con las que mundialmente se la conoce), ni que la Iglesia, a través de esta y de otras órdenes, se integrase desde el primer momento en los movimientos económicos mundiales, a través de intervenciones en bancos y compañías financieras e industriales. Lo abstracto de la sociedad anónima da un carácter carismático e incluso eventualmente suprahumano a la entidad económica. La industria, la banca, la gran compañía adquiere, en la mente del hombre de la calle del mundo occidental, una categoría casi celeste, con todo cuanto conlleva de mantenimiento y hasta de incremento progresivo del poder omnímodo sobre los seres humanos y, eventualmente, incluso sobre los gobiernos y sobre los estados.

Y así, del mismo modo que, en la Edad Media, Roma —el papado— constituía una suerte de supragobierno que, de hecho, regía la política interna de los estados cristianos e in-

cluso sus relaciones internacionales, decretando inapelablemente derechos y anatemas, ayudas y excomuniones, hoy mismo las grandes sociedades multinacionales —precisamente aquéllas que pueden tener el mayor interés en «convertir» al Tercer Mundo a sus dogmas— mueven sutilmente la política de esos gobiernos, decretan las conveniencias de fomentar las influencias de determinados partidos y aseguran la continuidad de su imperio con la simple y pura amenaza de abandonar un determinado país si sus gobernantes se mostrasen remisos a respetar su decisiva influencia, o si un determinado movimiento político llegase a asumir el poder, aunque ese poder estuviera respaldado por el resultado en unas elecciones libres (dentro del margen de libertad real que pueden tener unas elecciones manipuladas por todos los medios, desde los sondeos de opinión a la propaganda deformadora de todos los significados semánticos). Esa entidad macroeconómica y suprahumana es, de hecho, la que decreta en la actualidad quiénes son los «buenos» y quiénes han de ser considerados como los «malos», quiénes son válidos para integrarse en el sistema y hasta qué catecismos conviene fomentar y proclamar en cada instante para que quede asegurada la continuidad del poder omnímodo. Si ahora y aquí conviene proclamar el reciclaje del ser humano hacia la era de la informática, no se trata de un cambio radical, de la toma de un nuevo camino ante una encrucijada, sino de señalar cuál de los caminos que surgen en ella es realmente la continuación del que se ha estado siguiendo hasta este preciso momento.

El ejemplo del sol naciente

A mi modo de ver, el error fundamental sufrido a la hora de aventurar las posibilidades de ese futuro «ideal» de la era de la informática ha sido tomar como ejemplo el fenómeno japonés. Naturalmente, los datos que se manejan son totalmente ciertos. No cabe la menor duda: en menos de veinte años, Japón se ha colocado a la cabeza en prácticamente todos los sectores industriales que estuvieron hasta ahora en manos del mundo occidental. Es totalmente cierto que el 78,5% de la industria robotizada del mundo se encuentra en las islas niponas, y que los automóviles japoneses, construidos por medio de computadoras, se han colocado en la primera

fila de la producción mundial y muy pronto lo estarán también de la exportación. Todos los datos son rigurosamente auténticos, las estadísticas son exactas, y la realidad externa es justa e inapelable.

El fallo está en un menosprecio manifiesto hacia determinado factor que no puede integrarse en las estadísticas al uso: me refiero al *espíritu* del hombre, al grado de conciencia mostrado por el ser humano en el momento de enfrentarse al hecho de la manipulación. Por supuesto, es muy difícil —por no decir prácticamente imposible— que nosotros, gente de Occidente, seamos capaces de entender el espíritu japonés prescindiendo de las coordenadas sociológicas en las que estamos integrados. Sin embargo, esa práctica imposibilidad de comprensión no basta para que dejemos limpiamente el hecho a un lado y midamos el fenómeno japonés exclusivamente por nuestro sistema de valores.

Tengamos en cuenta, en primer lugar, que el espíritu oriental no acepta —religiosamente hablando— las eventuales *salvaciones* venidas de fuera (llamando a ese «fuera», si queremos, cielo, eternidad, mesianismo o cualquier género de trascendencia colada entre los hombres por arte de birlibirlo-que para conducirlo al mundo ideal de las realidades ultrahumanas). Por lo tanto, es muy difícil, por no decir imposible, que el oriental pueda ser manipulado en el grado en que lo es el hombre occidental. Ya sé que pueden aportarse ejemplos que tienen la apariencia contraria, desde el *kamikaze* de la Segunda Guerra Mundial hasta el estado de total asentimiento del obrero japonés a las durísimas condiciones de vida que le impone su integración a la gran industria. Sin embargo, la realidad es que estos actos y estas situaciones constituyen —contra lo que en apariencia representan— pruebas de su voluntad individual. El japonés se mata o se integra en la sociedad industrial del mismo modo que se interna temporalmente en un monasterio Zen o en una escuela de artes marciales: porque cada acto de su vida debe ser, sobre cualquier otra cosa, exteriorización de su *íntima* esencia humana y, por lo tanto, un paso en el camino de su propia superación.

El oriental, en su contexto religioso —sea éste el que sea: budismo, shinto, tao o jainismo— ha sustituido desde siempre la figura del Salvador por la del Maestro. La diferencia entre ambas estriba en que, mientras el Salvador es una entidad «divinal» o sagrada, que llega de alguna parte para indicarle al ser humano lo que *debe* creer y el camino que *debe* seguir, el Maestro es un ser humano cuya función estriba en fomentar los poderes interiores o las posibilidades personales del discípulo que se coloca bajo su tutela, dejando siempre que sea él mismo quien descubra su propia trascendencia y su función en el mundo, y haciéndole conocer tan sólo cuando un camino momentáneamente seguido no es el apropiado. Incluso se da el caso —y las recopilaciones del Zen están llenas de ejemplos de este tipo, lo mismo que se encuentran en el budismo Mahâyâna y en los tratados lamaístas— que el maestro reproche duramente al discípulo su excesiva dependencia y que llegue incluso a apartarle violentamente de su lado si esa dependencia corre el peligro de hacerse irreversible.

En este sentido, seguramente convendría recordar que el mismo Jesucristo fue considerado como *maestro* por quienes le conocieron y estuvieron en contacto directo con él, y que su condición sagrada de *salvador* sólo se introdujo al institucionalizarse sus enseñanzas bajo la forma de un dogma a través de la Iglesia. Con este hecho —como con otros muchos que podrían venir a confirmarlo si me propusiera dar aquí una visión total de la síntesis trascendente de la humanidad, en lugar de un mero apunte para comprender las implicaciones religiosas que rigen los comportamientos más diversos del mundo moderno— se abre un camino en el que, según me parece, se establecen claramente los límites de la manipulación sociológica, que afecta con preferencia al mundo occidental, ese que venimos llamando de los países industrializados y progresistas, dominador nato de conciencias y de pueblos hasta el momento de la aparición de esos peligrosos brotes de rebeldía que amenazan seriamente con destruir todas las estructuras auténticamente mesiánicas y salvíficas que se quieren conservar desde las altas coordenadas del poder.

Son las estructuras que se forman cuando el individuo se adecúa —por las buenas o por las malas— a la entidad superindividual, cuando la sociedad humana pasa a depender

de la Sociedad Anónima, sea ésta industrial, financiera, política o religiosa. Cosa que no sucede en modo alguno en los países de Oriente: ni en una lamasería tibetana ni en el complejo fabril de la comarca de Aichi, donde se fabrican por medio de doscientos ordenadores esas fabulosas cantidades de automóviles Toyota de que anteriormente dábamos cuenta, siguiendo los datos y las asombradas explicaciones (mesiánicas una vez más) de Jean-Jacques Servan-Schreiber.

Máquinas y karate

Oriente, a través del Japón, no significa precisamente un ejemplo a seguir por la sociedad consumista occidental, sino la consecuencia directa del reto de ése que ha sido considerado paternalista y despreciativamente el Tercer Mundo, el mundo del subdesarrollo. En relación con su nivel espiritual, y mal que nos pese el reconocerlo, somos nosotros quienes estamos en situación de subdesarrollo. Porque, en tanto que los occidentales nos esforzamos por progresar para cumplir una función social manipulada desde nuestro exterior por entidades anónimas, la actitud del japonés, desde el gran potentado industrial heredero directo del feudalismo de los samurais hasta el último obrero de su factoría, llega desde su propia necesidad interior de superación; y el inmenso progreso de los últimos lustros no es en modo alguno el medio para obtener unos tremendos e incontrolables beneficios económicos, sino la consecuencia directa de una actitud vital en la que, aunque pueda parecer mentira, las ganancias pecuniarias cuentan mucho menos que el autoconvencimiento del deber cumplido, de la meta alcanzada, tanto con uno mismo como ante los demás. La industria no es un fin en sí misma (la institucionalización de una sociedad tecnológicamente desarrollada), sino un medio para demostrar que la autodisciplina y el dominio trascendente sobre uno mismo son capaces de igualar y hasta de superar a todo ese mundo de progreso aparente y de fragilísima espiritualidad que conforma la personalidad colectiva de los países de Occidente.

Algo ha intuido la sociedad capitalista cuando ha adaptado entre sus costumbres algunas de las artes marciales de Oriente. Incluso es un hecho, como ya comentábamos anteriormente, que en el *Computer Camp* californiano se hace

practicar el karate a los pupilos de la civilización de la informática. Sin embargo, salvo muy raras excepciones el sentido ritual de estas competiciones no ha pasado en Occidente de unas pruebas deportivas más o menos institucionalizadas (en las cuales incluso se ha llegado a vencer a campeones japoneses, lo cual significa bien poco), y su sentido profundo de dominio sobre uno mismo, y de rechazo sobre lo circundante, se ha pasado totalmente por alto, con una denominación tan concreta y tan desgraciadamente propia de nuestro entorno sociológico como «defensa personal».

Lo mismo sucede cuando el ejecutivo o incluso el intelectual de nuestro mundo se deciden por la práctica de ejercicios de meditación o de yoga. Muy probablemente, en muchos casos la práctica de estos métodos les será *útil* a determinados niveles de bienestar físico y hasta intelectual. Pero su esencia más profunda habrá necesariamente de escapárseles, porque esa esencia responde a parámetros culturales que, si han de ser asumidos conscientemente, debería comenzarse por el abandono definitivo (y, por supuesto, voluntario) de las presiones manipuladoras del medio ambiente en el que transcurre la existencia cotidiana del hombre occidental.

Las coordenadas de la manipulación

Este hombre comienza por llevar pegada en el fondo de su espíritu, desde los inicios de la civilización cristiana —y desde mucho antes—, la conciencia de haber sido creado para satisfacer el capricho o el entretenimiento de una entidad divina a la que se tiene necesariamente que glorificar y obedecer sin remedio. Que esa entidad sea llamada Dios o que, ante la evidente ineficacia de sus pretendidos representantes, se transfiera a una abstracción paralela —el Desarrollo con mayúscula hoy, por ejemplo, como fue la diosa Razón (también con mayúscula) durante la Revolución Francesa o el Progreso en los inicios de la era industrial—, eso importa muy poco. Utilizo una cita de Fernando Savater: «Dios ya no está en uso, hace tiempo que se le colgó el cartelito de "no funciona"». Ahora está sucediendo lo mismo con el desarrollo. Pero la gran maquinaria manipuladora occidental busca ya afanosamente un sustitutivo de dependencia, porque *«de lo que se trata en la manipulación es de separar a los hombres de lo*

que su iniciativa y fuerza propia podrían llegar a alcanzar por sí mismas para doblegarlas a un plan y un poder ajenos».¹

Según lo que yo creo, no existe realmente el peligro de que el hombre occidental se escape del mecanismo manipulador que ya forma cuerpo con su existencia desde la noche de los tiempos. Incluso me imagino que si, de pronto, la gran maquinaria manipuladora desapareciese, la costumbre inveterada desde generaciones y consistente en obedecer a estímulos condicionantes, nos haría buscar desesperadamente un placebo mesiánico de cualquier tipo —incluso religioso otra vez— que pudiera sustituirla inmediatamente. (Y pensemos que, lógicamente, no me estoy refiriendo a ese número siempre exiguo de espíritus libres —en realidad, muchos menos todavía de los que *se imaginan* que lo son—, sino a esa enorme e informe masa media de la que prácticamente todos formamos parte, desde los marxistas a los cristianos de comunión diaria o de bautismo de inmersión, desde la pretendidamente desligada «nueva derecha» a los no menos pretendidos libertarios ácratas, tan fácilmente manipulables mediante la promoción simple de su status social. El mecanismo manipulador sabe jugar muy bien con todas las aspiraciones del hombre occidental, desde las obsesiones musicales de una juventud aparentemente «pasota» hasta las reivindicaciones de los movimientos feministas, desde la instauración de las «modas» hippies hasta el empleo de los anticonceptivos. Todo cuanto sirve, de una manera u otra, para crear dependencias, abocará en elementos válidos destinados a ser manipulados: justicia social y droga, terrorismo y orden, paro y pleno empleo, ¿qué más da el nombre que se le dé a cada cosa?)

En una visión inmediata y futurible de la situación mundial, no hay necesidad de plantearse cómo manipular al hombre de Occidente, porque ese hombre —usted y yo, amigo— estamos ya suficientemente condicionados por los reflejos que nos proporciona la gran entidad manipuladora de nuestro mundo. El problema, la intención, la visión de futuro estriba en llegar a saber el modo de hacer que obedezcan a los mismos estímulos los ciudadanos del Tercer Mundo. El nombre de ese modo de actuar, aunque se quiera dorar la píldora con palabras altisonantes, fue escrito ya hace años por Nietzsche. Se llama *voluntad de poder*, y de ella surge —y vuelvo a citar

1. FERNANDO SAVATER, *Sobre la llamada manipulación del hombre*.

el texto del profesor Savater— «la decisión de legislar, de crear nuevos valores, de apoderarse, de controlar, de someter, de estatuir...»

El secreto está en el modo de ejercer esa acción

Se empieza desde arriba

Con motivo de su fulgurante y multitudinaria aparición, Jean Jacques Servan-Schreiber hizo declaraciones casi milenaristas a todos los medios de información —con preferencia a los audiovisuales, más capaces de dar la imagen requerida— y, cosa curiosa, repitió una vez y otra cómo había expuesto *su plan* de desarrollo del potencial humano ante los grandes líderes del tercermundismo y de los países neomillonarios de la OPEP, y cómo, creo que sin excepción (por cierto, no recuerdo haberle oído que tuviera ningún encuentro con el imán Jhomeini), se habían mostrado entusiasmados con su plan mesiánico, con su microprocesador y, naturalmente, dispuestos al ensayo del gran desafío.

Desde luego, yo no creo que la señora Indira Gandhi —por ejemplo— conozca mejor a su pueblo que el gran Mahatma de quien tomó —sólo— el nombre. Ni creo tampoco que los jeques y emires de la Península Arábiga tengan un efectivo contacto con sus camelleros errantes de los grandes arenales. Unos y otros, por el azar del predominio económico y de las circunstancias políticas de todos conocidas, tienen ante ellos, como punto de mira exclusivo y excluyente, el espejuelo del Desarrollo occidental, el gran dios del siglo xx, sin calibrar más allá de los muros de sus soberbias mansiones el sentir de unos seres humanos que tienen una concepción vital totalmente ajena a la nuestra. Si el desafío se cumpliera —y hasta sería posible que fuera así— sucedería lo mismo que en aquella anécdota, típica de la mentalidad manipulada de nuestro mundo, en la que un joven *boy-scout*, al que le habían metido en la cabeza la idea de que tenía que cumplir necesariamente una buena acción cada día, se dedicaba esforzadamente a ayudar a las ancianas a cruzar las calles de su ciudad... aunque las buenas viejecillas no tuvieran la menor intención de hacerlo.

Yo supongo —completando la historia del *boy-scout*— que las buenas viejecitas regresarían a su punto de partida en

cuanto el muchacho se hubiera perdido de vista. Del mismo modo, tengo el convencimiento de que, al poner en juego el plan «desarrollo del potencial humano», los grandes manipuladores del mundo occidental —lo mismo que los no menos occidentalizados dirigentes del Tercer Mundo— se encontrarían con más de una sorpresa: desde la utilización de los microprocesadores para contar los granos de arena del desierto a la demostración de que una mente humana debidamente evolucionada —y tengo el convencimiento de que esas mentes existen y de que se encuentran precisamente en el Tercer Mundo— puede inutilizar la microexactitud de la maquineta con la puesta en marcha de los mecanismos profundos de su voluntad.

La base de la supervivencia

Olvidemos, si es posible, esa especie de ansia irreversible de poder planetario (que, por otra parte, nunca sería *nuestro*, sino de unas cuantas sociedades anónimas). Olvidemos también, si logramos mentalizarnos para ello, nuestra manía de juzgar a los hombres y a los pueblos con arreglo a nuestros patrones mentales. Pensemos que a un hindú —es otro ejemplo— no se le va a poder regir la existencia por el paso inexorable de las cifras de un reloj digital, porque su concepto del tiempo —un concepto adquirido a lo largo de instantáneos milenios de civilización propia— no está medido desde las mismas coordenadas que nos sirven a nosotros. Pensemos, si aún tenemos capacidad para ello, que fue nuestra civilización superior y dogmática (sí, la misma que ha puesto a punto el microprocesador de silicio, esa pastillita tan milagrosa, como si se tratase de la cápsula contenedora del antibiótico curamales definitivo) la que, lejos de crear, destruyó civilizaciones enteras: la de los pieles rojas de los Estados Unidos, la de los pueblos del África negra, las de las islas del Pacífico; que a los indios de las praderas del Medio Oeste los envenenó con whisky peleón, que a los negros africanos los llenó de enfermedades desconocidas y los utilizó como esclavos, que a los nativos de los archipiélagos del Pacífico los convirtió en monjes de imitación y en vendedores de folklore debidamente consagrado. Y eso por no hablar —porque hasta resultaría feo recordar leyendas negras— el fin de las culturas americanas

bajo la dominación eclesiocrática de los conquistadores hispánicos, tan peligrosos (aunque más vapuleados) que los Padres Peregrinos puritanos del *Mayflower*.

No creo ahora que se trate de soñar, como el otro Jean Jacques (Rousseau) en la vuelta al «salvaje feliz». El mundo tiene ya demasiado inclinada la rampa para detener una carrera evolutiva que no puede contenerse. Pero sí creo que se trata de respetar el modo que cada pueblo tiene de contemplar su propio progreso con arreglo a sus coordenadas tradicionales. Cortar un solo patrón (tecnológico) y aplicarlo desde la mentalidad impersonal de la Sociedad Anónima, quepa o no quepa en el cuerpo colectivo de los demás pueblos, es precipitar una nueva confusión babélica y uniformar aquello que sólo con el respeto a su misma diversidad puede conservar, en este tercer milenio en el que entramos, la unidad *esencial* del género humano. Si alguna oportunidad tiene el Tercer Mundo de contribuir efectivamente a la salvación de la humanidad es precisamente tomando conciencia, de una vez por todas, de que no ha de ser esclavo (ni siquiera de la computadora), de que *sus* valores propios son tan válidos (o más) que los *nuestros*, y de que sólo fomentándolos en su pureza podrán salvarlos y salvarnos de rechazo a nosotros, dándonos —que falta nos hace— una lección definitiva e irreversible de humildad. Haciéndonos ver, sin asumirla, nuestra propia manipulación. Obligándonos, con su libertad, a rechazarla.

Reflexiones hacia el cosmos

5

Primera meditación sobre una realidad que escamotea su definición

Me acuerdo de un inefable *kôan*, digno de los mejores maestros del Zen, pero procedente de la imaginación popular penibética. Es la respuesta de aquel individuo a quien preguntaron en qué creía: «YO, GRACIAS A DIOS, SOY ATEO». La traigo a la memoria a propósito de tanta gente que, aún hoy, niega la realidad de los fenómenos paranormales o pretende ignorarlos. Gente que, cuando se habla o se lee o se oye de casos referentes al fenómeno OVNI —por ejemplo—, sigue afirmando que eso es como el Yeti o el monstruo del lago Ness, que llenan columnas de la prensa y minutos de radio en épocas en que escasean las noticias, pero que, en realidad, se trata únicamente de alucinaciones individuales o colectivas, puramente subjetivas; o de confusiones o de visiones de gente con taras mentales, momentáneas o permanentes; o lo que es peor, consecuencia de afanes publicitarios de determinados individuos que pretenden reclamar así, a toda costa, su parcela correspondiente de atención por parte de la sociedad o de los medios informativos.

No me cabe la menor duda de que tal tipo de entes existen. Pero tengo la impresión de que, a pesar de su engaño evidente a la sociedad —voluntario o patológico—, la mentira que inventan o la alucinación que sufren no es en modo alguno *la causa*

de la tremenda expansión del fenómeno, sino precisamente *la consecuencia* de su realidad misma. Un loco puede creerse, pongamos por caso, Napoleón o Pio XII, pero sería de todo punto imposible su alucinación si Bonaparte o el papa Pacelli no hubieran tenido una existencia real.

A los negadores sistemáticos del fenómeno, yo les diría que no se puede esconder la cabeza bajo la arena, como dicen que hace el avestruz cuando siente cercano el peligro. Lo que hay que hacer es tratar de verlo en su real dimensionalidad y, si es posible, hacerle frente. Con esto quiero decir que, al hecho paranormal—sea fenómeno OVNI o sea su secuela, o su causa o cualquier otro fenómeno paralelo o maldito que aparentemente no tenga nada que ver con él—, debemos situarlo en las coordenadas estructurales de su *función*, ya que, al menos por el momento, es prácticamente imposible que lo definamos con total objetividad. La ciencia—nuestra ciencia, la que se enseña en las universidades y prospera a trancas y barrancas en los laboratorios y en los papeles de los sabios, o bajo el microscopio—suele definir únicamente cuando el análisis de todos los elementos que componen un fenómeno permite establecer su clasificación, separándolo de todas sus aparentes correspondencias si éstas no han sido debidamente comprobadas.

Sin embargo, eso que llamamos fenómeno paranormal es, al menos por el momento, esencialmente indescriptible. Nadie ha podido encajarlo en los parámetros de la ciencia y de la lógica. Es imprevisible, tanto en sus reacciones como en las circunstancias que provocan su aparición. Y, significativamente, sucede demasiado a menudo el hecho de que no se presenta solo, sino que cada fenómeno viene precedido de alguno tan extraño o paranormal como él, o le suceden otros que, por su misma naturaleza insólita, ayudan a la idea escéptica de los que niegan sistemáticamente su realidad y piden, como ineludible condición para aceptarla, que se les diga qué es, cómo es, por qué es y cuáles son sus fines y sus razones.

El fenómeno está ahí. Así, sin más. Aparece y desaparece, condiciona y despierta polémica, se le afirma y se le niega. Y, aun quienes en principio lo aceptamos como realidad indiscutible, polemizamos hasta la saciedad sobre si *eso* es bueno o malo, terrestre o extraterrestre, condicionador de nuestra naturaleza o testigo mudo de nuestra evolución. Sólo hay un

rasgo común en el que todos, de grado o por fuerza, tenemos que coincidir: el hecho de que *el fenómeno paranormal actúa —visceral o intelectualmente— sobre las personas que aceptan su realidad y se integran en ella*. No deja indiferente. Ha pasado de tal modo a formar parte de nuestro mundo —en lo positivo o en lo negativo— que cabe preguntarse si no será acaso esa integración la que, desde todos los puntos de vista, explique y defina su naturaleza. Si acaso su realidad no será el motor mismo de nuestro impulso y de nuestros pensamientos, desde ese momento perdido en la noche del tiempo en que surgió la memoria y, con ella, la creencia o la esperanza en una realidad en la que los oscuros sueños de perfección del género humano tenían una respuesta válida y sin dudas razonables.

Si queremos darnos cuenta de los hechos, sin barrer hacia cualquier tipo de esquema previo aceptado por los condicionamientos culturales de cada cual, la primera verdad que se nos planteará como imprescindible, a la hora de establecer un intento de aproximación a los fenómenos paranormales, será la necesidad absoluta de hacer definitivamente compatibles dos fuerzas que, desde siempre, se han vuelto la espalda y se han empeñado en negarse mutuamente: ciencia y religión. Es curioso que ambas, en cualquier época y en cualquier lugar, hayan venido sosteniendo la gran batalla de las ideologías para alcanzar un fin común. Es más que curioso que el progreso cíclico de cada uno de estos modos de alcanzar —o buscar— la realidad, haya tenido que producirse siempre en detrimento del otro, cantándose victorias pírricas cada vez que la ciencia creía vencer un artículo de fe o cada vez que un dogma anatematizaba un teorema. Es significativo, en fin, que ambas hayan intentado secularmente tirar del género humano hacia su propio campo, mentalizando respectivamente el intelecto y los impulsos primarios del espíritu, sin caer en la cuenta de que el ser humano constituye en sí mismo, incluso como género, una unidad en la que instintos, pensamientos, afanes, deseos, miedos y esperanzas tienden a un solo fin: el conocimiento *exacto* del lugar que ocupamos en el concierto cósmico. Y da la casualidad de que, en ese mismo fin, se encuentra la meta común de eso que llamamos ciencia y de esa otra cosa que denominamos religión.

En este contexto de guerra secular por la conquista de la confianza humana, el fenómeno OVNI y todas las manifesta-

ciones de lo que llamamos paranormal desafían los módulos establecidos por la ciencia y, a la vez, ponen en entredicho las sublimes verdades religiosas, calzándolas con zapatillas y haciéndolas descender a los más inmediatos planos de la conciencia. Hoy, cualquier ateo oficial puede observar luces que bajan de los cielos, sin que tales visiones impliquen necesariamente una ruidosa conversión y una vida ulterior dedicada a la oración y a la caridad. Hoy también, los prodigios se acumulan, sin que tengan que levantarse santuarios para glorificar la intervención de seres celestiales, cuya presencia habría sido imprescindible para explicar de modo ortodoxo algo que rompe sin paliativos las leyes aceptadas secularmente por el hombre. Ante hechos que no admiten explicación, la ciencia calla o niega, la religión divaga y reclama tímidamente la vuelta al estado primigenio de inocencia y de fe. Pero ni una ni otra parecen dispuestas a admitir que tales fenómenos ponen en entredicho su rivalidad eterna y que el hombre, ante unas verdades patentes que le son sistemáticamente negadas, comienza a fabricarse una tercera vía que, si no le explica nada, le justifica al menos existencialmente una trascendencia que ni ciencia ni religión oficiales han sabido manipular a su conveniencia.

Admitamos, al menos, que esta situación entraña el peligro de una aparentemente nueva manipulación del hombre. (Y digo ahora eso de *aparentemente* con el convencimiento de que tal manipulación viene de muy lejos. Y con la sospecha fundada de que lo que ahora nos empeñamos en encasillar, para tratar de que su digestión nos sea más soportable, es exactamente lo mismo que ha movido siempre al género humano en sus manifestaciones trascendentes, en sus escapadas de la vida puramente vegetativa, hacia planos desconocidos —esperados y temidos a la vez— de lo inalcanzable. El ser humano, en este sentido, se ha venido comportando lo mismo que la mula que avanza siempre con la esperanza inútil de alcanzar una zanahoria suspendida de la cuerda que cuelga de su propio cuello. El hambre de trascendencia nos ha llevado siempre a perseguir lo inalcanzable, sin darnos cuenta de que esa persecución incesante mueve *otra cosa* —carro o noria cósmica— sobre la que no poseemos ningún control.) Nada progresa sin que *algo* lo haga progresar. Nada sucede sin que *algo* obtenga un beneficio de ese suceso. Toda la realidad cósmica es una constante acumulación de tensiones, de

causas y efectos, un toma y daca en el que cada entidad recibe su esencia de otra y cede su energía para que, a su vez, sea utilizada por otra entidad más evolucionada, la cual procura cuidar y conservar, por su parte, la fuente de su propia supervivencia. Ese cuidado y esa conservación suponen precisamente la manipulación a la que me he estado refiriendo. Claro está que la palabra manipulación es corta y estrecha, como resulta corto y estrecho el idioma —cualquier idioma— para expresar lo que supera los límites de nuestro mundo circundante e inmediato. Pero sirve, a falta de otra mejor, para aclarar la dependencia de cada entidad cósmica respecto a todas las demás. Porque ya no se trata, al llegar a determinados niveles evolutivos, de una dependencia irracional e instintiva, sino de la captación esencial de una necesidad que ha de saciarse conscientemente, mediando la voluntad de cada ente y hasta su ingenio y su intelecto —sea cual sea la forma que adopte en cada caso— para seguir subsistiendo en primer lugar y para aspirar, en última instancia, a alcanzar, mediante sucesivos grados de evolución y aprovechando todos los medios de que dispone, los niveles superiores de la conciencia universal.

Una premisa, al menos, parece imprescindible en el concierto cósmico: cada parcela de conciencia, cada grado de esa escala infinita de eslabones evolutivos *conoce* —mejor o peor— los que le preceden y se siente o *se sabe conocido* y condicionado por los que están por encima suyo. *Se sirve* de las entidades inferiores y *sirve*, de un modo o de otro, a las que le suceden. El error —nuestro error— está en que, sabiendo que hay, hasta llegar al hombre corriente y moliente, una multitud de estadios de evolución, tengamos la conciencia programada a no reconocer después de nosotros más que una entidad suprema sobre la que acumulamos todos los grados que suponemos nos faltan para acceder a la realidad última de su infinitud. La culpa de este fallo está, posiblemente, en esa especie de lógica antropocéntrica y geocéntrica que los grupos tradicionales de presión han logrado establecer en la mente humana, sobre todo en el mundo occidental. Es una culpa paralela, aunque esta vez a niveles cósmicos, a determinados esquemas sociales, políticos, económicos y morales que nos han sido implantados y sobre los que nos hemos movido secularmente: el establecimiento de escalas de valores pretendidamente absolutos, instituidas desde el poder hacia

la opresión. Pero también forma parte de nuestra propia naturaleza sensorial y biológica, que tiende a establecer en todo cuanto nos rodea la eterna dicotomía que, en determinados casos, llega a aflorar incluso como forma religiosa evolucionada.

La realidad, para el ser humano, está compuesta como una pirámide escalonada en la que nosotros ocuparíamos la cúspide, abarcando todo cuanto sube hasta nuestros pies y con el convencimiento de que, por encima nuestro, todo el inmenso cielo pertenece a una sola divinidad protectora que nos abarca y nos integra en su infinitud única e indivisible. En este sentido, tendemos a considerar que esa divinidad —reconocida o negada, creadora y destructora, señora de la vida y de la muerte— reúne en grado infinito en su esencia todo lo que nos han hecho considerar positivo —bueno y bello— de nuestro esquema dualista. Con ello, insensiblemente, la limitamos, porque sentimos la necesidad paralela de suponer *otra* divinidad que asuma cuanto de aparentemente negativo nos llega de más allá de nuestras fronteras conscientes. Pero, aun así, con este esquema programado e inalterable que han creado precisamente los sentidos a través de los cuales contemplamos nuestro entorno —eso que llamamos realidad— existe un inmenso vacío entre la infinitud imaginada o presentida y lo inmediatamente superior a nosotros, que sobre estar prácticamente a nuestro alcance, ya está fuera del alcance de nuestra comprensión, de nuestra definición y de nuestro análisis; y hasta de nuestro juicio. Echamos entonces mano de los libros sagrados de cualquier credo y lo que alcanzamos a ver —si no somos capaces de encontrar y desentrañar su simbolismo— es apenas un torpe proceso de antropomorfización de lo divino, que empieza a acercarse peligrosamente a sus criaturas para hacer patente una realidad que maldita la falta que le debería hacer mostrar. Esa aparente *manifestación divina* juega muy a menudo con el ser humano, le ofrece la ocasión de «verla», de «tocarla» o de «oirla». Y, cuando quiere, echando mano de una voluntad caprichosa, parece elegir a determinados individuos al azar, para que le sirvan de intermediarios y hagan conocer a sus congéneres su alta voluntad.

En esta falsa y programada apreciación de nuestro papel en el conjunto de la armonía cósmica reside, a mi parecer, nuestra íntima incapacidad para situar en su justo límite los fenómenos que caen fuera del alcance de nuestros esquemas

mentales. Se nos ha programado una *teogonía antropocéntrica* y, sobre ella, hemos creado nosotros una *cosmogonía* puramente *sensitiva*, derivada de las apariencias subjetivas con las que nos hemos acostumbrado a observar y a juzgar la realidad. De pronto, esa realidad irrumpe en nuestro mundo tal cual es, desnuda de apreciaciones apriorísticas, actuando como debe y no como nosotros habríamos querido imaginar que debería hacerlo, porque para eso nuestros sesudos científicos y nuestros sabios rectores espirituales han descubierto leyes y han analizado la naturaleza —siempre aparente, claro— de la materia, de la energía y del mismo Dios. Entonces, cuando esa realidad se nos muestra sin tapujos y nos indica nuestro puesto exacto en la orquesta, la rechazamos, la negamos y la ignoramos. O, por el contrario, le atribuimos una naturaleza irreal que sólo contribuye a embotar más —si cabe— nuestra ya de por sí pobre capacidad de reacción ante lo inesperado y desconocido.

De ahí que el fenómeno paranormal —que es, seguramente, la manifestación más pura y más directa de la realidad— sea tan a menudo encasillado en los parámetros de lo imposible, de lo patológico o de lo engañosamente amañado. De ahí que, con la misma frecuencia, se le encuadre entre lo milagroso o entre lo divino y se le adjudique olor a santidad o a averno, según los casos. Nadie, en cualquier caso, parece aceptar mirarlo objetivamente y con realismo, nadie parece estar en condiciones de dejarlo en sus dimensiones justas. Y esto por una razón bien sencilla: porque hacerlo así sería situar al género humano en sus reales y auténticas coordenadas evolutivas, en las bases mismas de sus dependencias y en el lugar preciso —o, al menos, en el más aproximado— que ocupa en la escala cósmica de la evolución.

Creo que, si fuéramos realmente capaces de escapar del dictado paralelo de nuestros sentidos y de la mentalización secular a que nos han tenido sujetos los omnipotentes poderes de la ciencia y los grupos de presión espiritual que invaden mentes y voluntades, empezariamos a estar en condiciones de acceder a nuestra propia evolución. Para ello, sería necesario que comenzásemos por enfrentar objetivamente lo desconocido, aun con la conciencia cierta de que, con mucha probabilidad, habríamos de quedarnos en la fase casi aterradora de las preguntas sin respuesta, de las llamadas sin eco. De eso han huido sistemáticamente tanto la religión como la ciencia.

Y siguen huyendo, porque ese enfrentamiento a tumba abierta sería —así lo creen científicos y pontifices, y digo yo que estarán en lo cierto— la respuesta ciega e inaplicable a su esencial inviabilidad y la piedra de toque que desnudaría la falsedad de un prestigio que sólo ellos se han adjudicado.

En estos momentos, con la ciencia académica vuelta a un problema que se le escapa y con la mayoría de los credos religiosos desprestigiados por su radical negativa a convertirse en auténticos educadores espirituales de sus fieles, surgen por un lado los mesías y profetas de nuevos movimientos místicos basados precisamente —y casi resulta paradójico esto, si se medita con cierta objetividad— en la deificación de la ciencia y de la tecnología. Por otro —ahí están los gnósticos de Princeton— surgen los científicos conscientes de una realidad que sólo puede resolverse olvidando teoremas y leyes y adentrándose en la espiritualidad del ser humano, como integrante de un universo esencialmente desconocido e incognoscible.

Entre ambas tendencias, tal vez provocándolas, pero fundamentalmente catando y fundiendo las soldaduras añejas que anquilosaban a los seres humanos desde los albores de su aparición, lo paranormal se enseñorea del mundo cotidiano, juega con los individuos y con la sociedad planteando los problemas de la esfinge, pone en tela de juicio dogmas, costumbres y atavismos y nos pone a nosotros, a cada uno de nosotros, frente a la revisión en profundidad de todo cuanto nos enseñaron y de todo lo que heredó del antropopiteco el bendito inconsciente colectivo que nos descubrió el doctor Jung. Se hace posible y hasta corriente lo absurdo, lógico lo impensable, y se resquebrajan unos principios en los que nos habían hecho creer a pies juntillas. Una luz en el cielo, un androide verde con escafandra, una pócima milagrosa llegada de la constelación de Orión, metales que se desintegran entre los dedos de los contactados y bombas que podrían estallar por control remoto mental se convierten en espectáculo y en nuevo acto de fe cósmica. Hay sectas que preparan a sus miembros para tomar definitivamente la alternativa de poder en el mundo gracias a las facultades que les provocan. Hay místicos del peyotl y curanderos que operan —y hasta matan— y ganan dinero utilizando como bisturíes tijeras oxidadas, y como quirófanos cuartos de albergues malolientes. Hay mensajes de una ciencia imposible venida del otro lado de la galaxia y seres humanos que juran haber viajado a planetas civilizados de otros sistemas solares.

Yo he visto y he hablado muchas veces con pretendidos contactados del cosmos, con psíquicos, con curanderos que creen en el Dios del Vaticano y en la Virgen y curan con la ayuda de san Miguel Arcángel, con visionarios que auguran desastres cósmicos inmediatos y con arqueólogos —no académicos, gracias a Dios— que buscan la huella de los remotos maestros, con médiums y con templarios de hoy mismo, soldados de un Cristo no mediatizado por la púrpura papal, con obsesos de la ouija y con empedernidos creyentes en los mensajes de Umno y Urantia. He comprobado cómo, a trancas y a barrancas, lo insólito y paranormal, que está haciendo ahora mismo crisis en la gran masa de la humanidad de nuestro tiempo, ha estado siempre en la base de los grandes movimientos religiosos y de las pequeñas herejías consumidas por los fuegos purificadores del Santo Oficio. Se diría que, detrás de cada santo, de cada profeta, de cada heterodoxo, de cada vidente, ha habido siempre un contactado que tuvo acceso —voluntario o inconsciente— a *la otra realidad* que hoy se está lanzando a la conquista de la vida cotidiana.

Pero precisamente esa circunstancia, el aquí y el ahora de esta crisis en la que se tambalean —parece que definitivamente— todos los principios lógicos y toda aquellas creencias tan sólidamente cimentadas, es la que nos debe empujar a plantearnos la cuestión: puestos a admitir ya nuestra radical imposibilidad de acceder conscientemente a la realidad inexplicable que viene a romper los esquemas de nuestra particular y errada visión del mundo, puestos a hacer un definitivo acto de contricción cósmica y a entonar el *mea culpa* de nuestro secular antropocentrismo, puestos a reconocer que somos apenas una gota de agua en la gran cascada universal, ¿por qué la otra realidad —la *siguiente* realidad, si queremos ser estrictos— llega precisamente en estos momentos para dar cuenta multitudinaria de su existencia y de su ascendiente *biológico* sobre nosotros? ¿Tal vez porque hemos evolucionado en grado suficiente para estar en condiciones de entrar en contacto con ella de modo definitivo y esclarecedor? ¿O tal vez porque, por el contrario, hemos evolucionado en algunos casos *demasiado* para seguir siendo *útiles* a la entidad o las entidades que forma o forman parte de esa realidad?

Trataré de explicar esta última pregunta —que se me hace esencial— con un par de ejemplos sobre la *utilidad*.

Pensemos primero en el pastor que conduce en solitario a

sus ovejas por los pastizales. Ha echado mano de un mastín para que le ayude en el buen gobierno del rebaño; le ha enseñado *lo suficiente* para que le sirva, para que le sea *útil*, para que funcione perfectamente la relación amo-servidor, sujeto-objeto. Pero... ¿qué sucederá si, cualquier día, el mastín pretende hacer valer a su modo sus hipotéticos derechos? ¿Qué pasará si reclama sus reivindicaciones? El pastor, también a su modo, procurará que *su* perro se dé cuenta de la superioridad inalienable que ejerce sobre él, le hará ver, como sea —palo o grito— que él, el pastor, es *quien manda* y que el mastín no tiene que hacer más que cumplir con su obligación de dependencia.

Pensemos ahora en otro pastor —o en el mismo, que tanto da— que tiene un rebaño lo suficientemente grande como para necesitar varios mastines. Pensemos que cada mastín, en un determinado instante, hace la guerra por su cuenta; que uno se inhibe, que otro se ocupa de tres ovejas y otro de cinco, y que cada cual las lleva por donde su instinto le da a entender. ¿Sirve eso a nuestro pastor o, por el contrario, necesitará una especie de unificación de los esfuerzos de todos los perros, para que *todo* el rebaño siga la misma senda?

Si trasladamos estos ejemplos a nuestro mundo, en la circunstancia precisa que estamos viviendo —aquí y ahora— comprobaremos cómo, por un lado, el ser humano ha vuelto la espalda a la dependencia secular que le llevó en épocas inmediatas a eso que se llama fe, sacrificio, penitencia y hasta oración. Y cómo, por otro lado, han comenzado a surgir, por todas las latitudes, focos atomizados de creencias que reúnen pequeños grupos de adeptos en los que lo mismo surge la vertiente satánica —Guyana, Manson— que la angélica o virginal —Palmar de Troya, Garabandal— o la neutra —Siragusa, María Sabina—. En cualquier caso, los «dioses» se multiplican —extraterrestres, ortodoxos, arcángeles, fuerzas luciferinas u hongos alucinógenos—, creando una lógica confusión que sólo puede conducir a la indiferencia de aquéllos —siempre mayoría— que no se sienten de ninguna manera implicados en ese determinado y concreto culto, en esa secta o en esa escuela. En medio de tal contexto, surgen —y es lógico que surjan— las relaciones artificialmente adaptadas a las circunstancias particulares de cada grupo. Y de ese modo, Jesucristo es visto a menudo como extraterrestre, los tibetanos son contemplados a la luz de las hipotéticas razas raíces o de

las tribus perdidas de Israel, y hay infinidad de identificaciones gratuitas o forzadas e innúmeras y penosas búsquedas hacia una justificación, particular o exclusiva, basada —siempre, o casi— en la tradición primigenia que parece unirlo todo en una conciencia ancestral única, que luego, lo mismo que la torre de Babel, se escindió en parcelas ya definitivamente enemistadas e irreconciliables.

Nosotros, como seres humanos que somos y como entes civilizados que pretendemos ser, consideramos como máxima prueba de nuestra evolución el hecho de proclamar decididamente la libertad, tanto a niveles individuales como colectivos, el hecho de dejar que cada cual busque su camino y que, a través de él, si es que puede, encuentre su «salvación» o su trascendencia, su realización. Ahora bien con esa idea —ciertamente bellísima—, pero al mismo tiempo con la práctica que hacemos de ella, ¿no estaremos acaso rompiendo el mecanismo evolutivo mismo, por no ser lúcidamente conscientes de los límites cósmicos de la libertad y, más aún, del significado auténtico del concepto? Por supuesto, estoy haciéndome preguntas en voz alta, pero son preguntas que no exigen respuesta, sino reflexión. Una reflexión que tendría que comenzar por plantearnos el grado *real* de esa evolución que reivindicamos, puesto que de lo único que podemos ciertamente enorgullecernos es de haber creado en torno nuestro —y en gran parte gracias a las ciencias y a las religiones establecidas y secularmente empeñadas en manipular al hombre en vez de servirle— un galimatías tecnológico y maquinístico que sólo sirve para fomentar nuestra dependencia y perder, en sus aras, esa misma libertad que venimos exigiendo.

Esta es, en realidad, la situación humanística que hace crisis en nuestro momento. ¿Por qué, pues, no partir de la idea de que tiene que existir una relación entre ella y la explosión masiva y multitudinaria de todos los fenómenos paranormales? ¿Por qué no aceptar, desde el principio, que esas naves absurdas que aparecen en el cielo o desde el fondo de las aguas y esos hechos malditamente fortianos que empiezan casi a formar parte de nuestra vida cotidiana, son las tarjetas de visita con la que se anuncia sin tapujos la siguiente realidad?